



Dosieres Ecosociales

CRISIS, MODOS DE VIDA Y MILITARISMO

Una lectura a propósito
de la guerra de Ucrania

Santiago Álvarez Cantalapiedra, Ulrich Brand, Jan Vande Putte,
Ana Barrero, Ana Villellas, Carmen Magallón, Tica Font, Karen Marón

FUHEM

educación+
ecosocial



CRISIS, MODOS DE VIDA Y MILITARISMO

Una lectura a propósito
de la guerra de Ucrania

Santiago Álvarez Cantalapiedra, Ulrich Brand, Jan Vande Putte,
Ana Barrero, Ana Villellas, Carmen Magallón, Tica Font, Karen Marón



FUHEM Ecosocial es un espacio de reflexión crítica e interdisciplinar que analiza los retos de la sostenibilidad, la cohesión social y la democracia en la sociedad actual.

Colección Dosieres Ecosociales

Coordinación: Susana Fernández Herrero

Autoría: Santiago Álvarez Cantalapiedra, Ulrich Brand, Jan Vande Putte, Ana Barrero, Ana Villellas, Carmen Magallón, Tica Font, Karen Marón.

Maquetación: Cyan, Proyectos editoriales, S.A.

Edita: FUHEM Ecosocial
Avda de Portugal, 79, posterior 28011 Madrid
Teléfono: (+34) 914310280
ecosocial@fuhem.es
<https://www.fuhem.es/ecosocial/>

ISSN: 2660-8472
Depósito Legal: M-7817-2020

Madrid, abril de 2022



Licencia Creative Commons 4.0 Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd)

Índice

Introducción	7
El mundo de ayer y la emergencia de un nuevo orden acelerado por la guerra	9
Entrevista a Ulrich Brand. "Modo de Vida Imperial": una lectura a la luz del conflicto de Ucrania	19
Entrevista Jan Vande Putte. El peligro nuclear en el contexto del conflicto en Ucrania	27
Diálogo: Respuestas desde el movimiento pacifista. La guerra de Ucrania en el contexto del surgimiento de un nuevo orden	33
Conflicto Rusia-Ucrania. La mentira como arma, la verdad como víctima	45

Introducción

La guerra en Ucrania, al igual que la pandemia, está transformando el mundo en el que vivimos. ¿En qué sentido? Aún nadie lo sabe, pero la historia nos enseña que tras una profunda perturbación las sociedades y las relaciones internacionales cambian. La guerra, el modo de vida imperante y el poder armamentístico y nuclear son elementos imprescindibles que hay que observar con atención si queremos analizar el orden social que emerge de la sucesión de crisis —Gran Recesión, Covid-19 y ahora la agresión a Ucrania— que vamos encadenando desde los últimos tres lustros con la crisis ecosocial de fondo.

El presente documento que pertenece a la Colección de Dosieres Ecosociales incluye un texto introductorio de contexto, elaborado por Santiago Álvarez Cantalapiedra, que aborda cuestiones relativas al proceso de reconfiguración del orden social e internacional, al regreso a la geopolítica, a la economía de bloques y a las tendencias armamentísticas.

Entrevistamos a Ulrich Brand sobre la relación entre el “modo de vida imperial” y el nuevo escenario sociopolítico, ecológico y económico resultante de la guerra de Ucrania.

El especialista en desarme nuclear Jan Vande Putte, reflexiona a través de una entrevista sobre el peligro nuclear en el contexto del conflicto de Ucrania.

Dialogamos con varias expertas. Ana Barrero, Ana Villellas, Carmen Magallón y Tica Font, exponentes de la Investigación para la Paz en España, sobre sus preocupaciones en torno a la lógica militarista que trata de imponerse en el contexto actual, sobre

la percepción de la ciudadanía ante las narrativas belicistas difundidas por los medios de comunicación y la clase política, así como sobre los desafíos que tiene ante sí el movimiento pacifista.

El dossier se complementa con un texto de Karen Marón que muestra cómo se está abordando informativamente el conflicto. En el eje comunicacional del Atlántico Norte vivimos una guerra de (des)información sin precedentes. En Occidente, desde el inicio de la guerra, solo ha existido un único relato que, además de frivolar sobre la guerra y la tragedia humana que provoca, se ha construido a partir de una mezcla de verdades selectivas, medias verdades y mentiras con la finalidad fundamental de convertirlo todo en un espectáculo.

El mundo de ayer y la emergencia de un nuevo orden acelerado por la guerra¹

Santiago Álvarez Cantalapiedra*

Desde que me empezó a salir barba hasta que se cubrió de canas (...) se ha producido más cambios radicales que en diez generaciones, y todos creemos que ¡han sido demasiados!
(Stefan Zweig, El mundo de ayer)

Sostengo que las sociedades modernas están reguladas, coordinadas y dominadas por un preciso y estricto régimen temporal que no está articulado en términos éticos (...) Este régimen temporal, de hecho, puede ser analizado bajo un concepto unificador: la lógica de la aceleración social
(Hartmut Rosa, Alienación y aceleración)

John Maynard Keynes, en su libro *Las consecuencias económicas de la paz*, publicado al finalizar la Primera Guerra Mundial, se lamentaba del fin de una época. Era “el mundo de ayer”, tan magistralmente descrito por Stefan Zweig en sus memorias, que con sus aciertos y errores representaba sin embargo la solidez y la certeza de lo conocido. Pero la Gran Guerra lo trastocaría todo, haciendo desaparecer lo que hasta entonces parecía una realidad estable y perdurable. Hoy hay buenas razones para preocuparse ante la emergencia de signos que evocan lo acontecido en 1914, el año que puso fin a lo que algunos economistas llamaron la primera ola de globalización y que abriría una secuencia de desastres en Europa de la mano de la división racial y cultural, el

¹ Una primera versión de este texto fue publicada como introducción al núm. 157 de la revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global* con el siguiente título: «La emergencia acelerada de un nuevo orden. Regreso de la geopolítica y pulsiones armamentísticas».

imperialismo o la proliferación de proyectos y políticas militaristas, por ceñirnos solo a algunos de los rasgos que advirtió Keynes en su ensayo.

Ahora bien, las analogías históricas sirven para lo que sirven, y conviene no olvidar que la reedición de algunos de esos rasgos se muestra hoy en un contexto radicalmente diferente con el trasfondo de una crisis ecosocial de alcance global. La incertidumbre acerca de los suministros energéticos, los efectos del cambio climático, el riesgo de una creciente inseguridad alimentaria en algunas zonas del planeta o el incremento de los desplazados y refugiados como consecuencia de guerras, conflictos violentos y degradación ecológica, todo ello unido a la desprotección social y al deterioro democrático que ha provocado la última oleada de globalización, fenómenos que se ven agravados por la translación del centro de gravedad económico mundial hacia un capitalismo autoritario asiático mucho más eficaz y rentable que el capitalismo liberal meritocrático occidental, constituyen los mimbres con los que se está trenzando la realidad de nuestros días. Se viene hablando de ello insistentemente desde la Gran Recesión del año 2008: estamos ante la emergencia de un nuevo orden, tanto en el plano social como en el internacional.² La pandemia y la guerra en Ucrania están acelerando el proceso en términos vertiginosos.

El mundo que surge de la pandemia y de la guerra está conformado por un capitalismo distinto de aquel que apareció en la época de Reagan y Thatcher y, por más que conserve elementos comunes con el pasado, ha provocado variaciones sustanciales en su organización y en el reparto de poder, influencia y recursos. Nada de lo que configura el presente supone una radical novedad, pues las fuerzas que lo conforman —globalización, financiarización o tecnologías de la información y la comunicación— han estado determinando la trayectoria reciente de la economía mundial.³ Tampoco la ruptura metabólica que desde la revolución industrial capitalista marca los intercambios con la naturaleza y provoca la crisis ecológica que vivimos es nueva. Lo novedoso es el peso que adquieren unas en relación con otras y la aceleración social que imprimen los acontecimientos vividos.

Emerge un nuevo orden

Un breve apunte referido a algunos de los rasgos que despuntan en el horizonte. En primer lugar, en este orden emergente se recalibra el intervencionismo público y el papel que se le otorga al Estado frente a los mercados. El regreso del intervencionismo público, sin embargo, acontece en un contexto de involución autoritaria. En Occidente viene acompañado de décadas de retroceso de derechos sociales y

2 Lo he señalado con algo más de detalle en la Parte II «Cambio de época y nuevo orden» de mi libro *La Gran encrucijada. Crisis ecosocial y cambio de paradigma*, Madrid, Ediciones HOAC, 2019.

3 Su carácter de fuerzas estructurantes está perfectamente analizado en Ángel Martínez González-Tablas, *Economía política mundial I. Las fuerzas estructurantes*, Ariel, Barcelona, 2007.

vaciamiento democrático tras la aplicación de políticas de ajuste y alianzas público-privadas que fusionan el poder económico con el político;⁴ en Oriente, el capitalismo político o autoritario dirigido por el Estado, ejemplificado perfectamente por China, socava la pretensión de Occidente de afirmar la existencia de un vínculo necesario entre capitalismo y democracia liberal.⁵

En segundo lugar, asistimos a un retroceso de la hiperglobalización vivida durante la década de los noventa del siglo pasado tras el derrumbe del bloque soviético, con un avance del nacionalismo económico y repuntes proteccionistas tanto en el plano comercial como en el tecnológico. Pero no solo asistimos a una tendencia parcialmente desglobalizadora, también se observan cambios en los rasgos del propio proceso globalizador, de manera que más que del fin de la globalización podríamos hablar de su reconfiguración profunda. Uno de los cambios más reveladores es el siguiente: si en la fase álgida de la hiperglobalización de los años 90 se acrecentó el comercio mundial y la movilidad de los capitales productivos y financieros, impidiendo (o seleccionando) la movilidad de la fuerza de trabajo, ahora una de las transformaciones más significativas que estamos experimentando es, gracias a las nuevas tecnologías, la aceleración de la deslocalización laboral, de manera que se puede teletrabajar para una compañía extranjera sin necesidad de desplazarse físicamente al país donde se encuentra ubicada, mientras que la integración de los mercados de capitales se va viendo resentida debido a la dinámica de fragmentación en grandes bloques económicos. A eso se suma la creciente preocupación por los cuellos de botella que surgen de unas cadenas globales de suministro que, al ser demasiado extensas, han dejado de ser funcionales.

Se ha construido una economía muy compleja y, al mismo tiempo, vulnerable: la paralización de parte de la producción por la escasez de suministros, el encarecimiento de los carburantes o los problemas en la logística global (debidos no solo a la pandemia sino también a hechos como el acontecido en el Canal de Suez por el buque portacontenedores *Ever Given*) señalan que se ha ido demasiado lejos con la globalización. Se contempla la opción de desescalar: pasar desde el plano mundial a un ámbito de mayor proximidad algunas de las actividades que se habían fragmentado y deslocalizado a miles de kilómetros.

En tercer lugar, se intensifica la pugna ante la escasez de recursos estratégicos y materiales críticos asociada a la creciente profundización de la digitalización y la transición energética, aventurando un recrudecimiento de la geopolítica en el acceso y la seguridad en el suministro de esos recursos.

Finalmente, y en cuarto lugar, se asientan los cambios en la geografía económica mundial: el centro de gravedad económico se desplaza hacia Asia y los nuevos

4 Sheldon S. Wolin, *Democracia S.A.*, Katz, Buenos Aires/Madrid, 2008.

5 Branko Milanovic, *Capitalismo nada más. El futuro del sistema que domina el mundo*, Taurus, Madrid, 2020.

actores del escenario internacional -particularmente China- salen reforzados de la crisis pandémica, agravando las tensiones geopolíticas y las dinámicas de bloques regionales, adquiriendo un renovado impulso las pulsiones armamentísticas.

En este contexto, la pandemia y la guerra de Ucrania han actuado como catalizadores que han acelerado y profundizado esas tendencias. La pandemia ha rubricado la digitalización de las sociedades y la recuperación del papel decisivo de los Estados a través de los planes de reconstrucción y el diseño de nuevas políticas para la relocalización industrial. La guerra de Ucrania, a su vez, es la prueba más clara del regreso de la geopolítica, de la economía de bloques y de las tendencias armamentísticas. Ambos acontecimientos actúan en el mismo sentido: la necesidad estratégica de los países de reducir sus dependencias y de imponer la seguridad económica sobre la lógica de los mercados abiertos y el beneficio empresarial.

El escenario creado por la guerra en Ucrania: bloques y geopolítica

Estamos ante un momento crucial en la reconfiguración del orden internacional. Cabe interpretar esta guerra como un pulso entre imperios nucleares con Ucrania como víctima.⁶

Ucrania, desde el momento en el que expresó su intención de formar parte de la UE, es decir, de Occidente, ha sido el campo de batalla de un conflicto entre el creciente deseo de Putin de incorporar la parte eslava del imperio ruso a su órbita y la estrategia atlantista de expandir la OTAN hasta las fronteras de Rusia, convirtiéndose en presa geoestratégica de dos imperialismos en declive. Asistimos a un choque entre imperios en decadencia (el ruso y el occidental conformado en torno a la Alianza del Atlántico Norte) en un momento dominado por el ascenso imparable de China como nueva potencia económica.

Hay una fecha anterior al inicio de la guerra que quedará registrada en los libros de historia: la del 4 de febrero de 2022. Ese día, Vladimir Putin y Xi Jinping sellaron un acuerdo de cooperación “sin límites”. Sin ese acuerdo, parece improbable que Rusia se hubiera aventurado a lanzar la invasión sobre Ucrania.

Desde el año 2014, con la anexión de Crimea y la guerra en el Donbás, la decisión estratégica de Moscú parece inequívoca: desengancharse de Occidente acercándose a Oriente. Los flujos financieros y comerciales rusos con la UE han ido declinando desde entonces, al contrario de lo que ha ocurrido con los vínculos económicos que

6 Véase Rafael Poch, «Putin cruza el Rubicón», *ctxt*, 24 de marzo de 2022, disponible en: <https://ctxt.es/es/20220201/Firmas/38847/putin-ucrania-kiev-bombardeos-guerra-rafael-poch.htm> y Edgar Morin, «El pensador Edgar Morin reflexiona, desde sus 100 años, sobre la guerra en Ucrania: “Me acuerdo de la angustia que sentí durante la crisis de los misiles”», *EL PAÍS*, 26 de marzo de 2022.

ha desplegado con China. Asia se encuentra cerca de desplazar a Europa como principal socio comercial de Rusia. Ahora bien, este viraje encubre el riesgo de una nueva dependencia. China es el destino del 14,6% de las exportaciones rusas, pero no representa ni siquiera el 3% del comercio exterior chino. Así pues, el camino ruso hacia Oriente se antoja complicado y plagado de trampas.

El papel de los recursos y de las sanciones

Hay un segundo factor que ha podido pesar de manera decisiva en el modo en que Rusia ha decidido preservar su propio espacio de influencia. Rusia en apariencia pinta poco en la economía mundial, apenas representa el 1,7% de la economía global y ocupa el puesto 53 en cuanto a PIB per cápita en paridad de poder adquisitivo. Con todo, su capacidad para desestabilizar el planeta es extraordinaria. Lo resumió de una forma un tanto tosca el alto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad y vicepresidente de la Comisión Europea, Josep Borrell, al definir a Rusia como «una gasolinera y un cuartel, dentro del cual hay una bomba atómica».

Poder nuclear y grandes reservas de gas y petróleo. Pero su relevancia no se limita a eso. El papel de Rusia como suministrador de materias primas al resto del mundo no solo atañe al sector de la energía, se extiende también a ciertos metales críticos y del campo alimentario. Rusia es un gigante en cuanto a materias primas: según los datos la agencia Bloomberg, las exportaciones rusas en relación con la extracción mundial de petróleo y gas representan, respectivamente, el 8,4 y el 6,2%; lidera las exportaciones de paladio (45,6%); posee algunos de los principales yacimientos de níquel-cobre-paladio del mundo y tiene un peso destacadísimo en lo que se refiere al platino. Los analistas internacionales han advertido de los problemas de escasez de paladio, platino y gas neón en la producción de microchips. A su vez, la industria del automóvil europea muestra su preocupación ante la falta de níquel para baterías de iones de litio y de paladio para los convertidores catalíticos.

En el ámbito alimentario, Rusia produce el 13% de los abonos más utilizados en el planeta (los basados en potasio, fosfato y nitrógeno), y estos fertilizantes son para un gigante agrario como Brasil tan relevantes como lo es el gas para los estados miembros de la UE.

Sin duda Rusia ha contemplado desde el primer momento la posibilidad de severas sanciones, pero ha sopesado también, quien sabe si acertadamente, que ante la respuesta a la amenaza a su seguridad nacional que representa la expansión de la OTAN, disponía aún de una baza con la que jugar a medio y largo plazo al estar en posesión de unos recursos cruciales para sostener el modo de vida occidental. Los hechos, hasta ahora, ni le han dado ni quitado la razón. Todavía está por ver si las sanciones para estrangular la economía rusa consiguen los resultados esperados.

La cadena de sanciones impuestas por Occidente ha respondido al siguiente planteamiento: ante el riesgo nuclear no cabe una respuesta militar directa y si —como enunció el rival prusiano de Napoleón Karl von Clausewitz en su famoso tratado militar—⁷ la guerra es la continuación de la política por otros medios, ahora la economía podría ser la continuación de la guerra por otras vías.

Si echamos un vistazo a las sanciones encontraremos una amplia batería de medidas. En el frente económico, un acuerdo en el seno del G-7 revocó la aplicación de la cláusula de «nación más favorecida» a Rusia, lo que repercutirá en mayores aranceles para las exportaciones rusas en varios países occidentales y la restricción del acceso a fuentes de financiación de organismos internacionales como el FMI y el Banco Mundial. Otras medidas han surgido del seno de la UE, el Reino Unido, los EEUU y Canadá, y han sido planteadas básicamente para el ámbito financiero. Entre las más señaladas se encuentran las siguientes: la imposibilidad de que el banco central de Rusia pueda usar sus reservas de divisas en el extranjero y la desconexión de siete bancos rusos del sistema internacional de comunicación interbancaria SWIFT. Dejando al margen las medidas contra los oligarcas afines a Putin, formuladas más de cara a la galería que a la búsqueda de una efectividad real,⁸ las dos sanciones anteriormente mencionadas son las que presentan un mayor potencial, aunque también límites evidentes.

La primera, la intervención sobre las reservas internacionales, tiene como objetivo restar capacidad al banco central ruso para evitar la depreciación del rublo y el control de la inflación. La efectividad de la medida depende de la composición de la cartera de activos internacionales del Banco de Rusia. Esas reservas, que ascienden a 640.000 millones de dólares (582.000 millones de euros), están formadas por, al menos, 150.000 millones en oro custodiado dentro de las fronteras del país y 91.000 millones en divisa china. Así pues, esa parte quedaría fuera del alcance de la medida sirviendo de colchón para resistir el resto de las sanciones.

La segunda, la expulsión de siete bancos rusos del sistema de transferencias internacionales SWIFT, busca restar operatividad a la economía rusa en relación con las transacciones e inversiones con el exterior. Sin embargo, el carácter limitado de la medida se ha diseñado precisamente para evitar que afecte al intercambio de las materias primas de las que depende Occidente, y el efecto más evidente que puede provocar

7 Versión completa en línea del libro de Karl von Clausewitz, *De la guerra*, en español, disponible en: <https://archive.org/details/ClausewitzKarlVonDeLaGuerra/page/n1/mode/2up>

8 Como ha señalado oportunamente Piketty, para que esa medida contra los oligarcas rusos sea realmente efectiva sería necesario el establecimiento de un registro financiero internacional que no es del agrado de nuestra propia oligarquía financiera occidental por sus múltiples vínculos con los primeros (véase: Thomas Piketty, «Sancionar a los oligarcas, no al pueblo», *EL PAÍS*, 6 de marzo de 2022). En relación con otras iniciativas, como la prohibición de exportar bienes de lujo a Rusia o la suspensión de actividades de numerosas empresas occidentales en el mercado ruso, hay que verlas más como una cuestión reputacional de las empresas que como sanciones realmente efectivas, sobre todo si tenemos en cuenta que la amplia mayoría de la población de aquel país no suele circular en Jaguar o beber Dom Pérignon ni es consumidora habitual siquiera de productos de Zara, Apple o Netflix.

es que acelere la implantación de un sistema alternativo abanderado por China menos dependiente del dólar y del euro.⁹ En cualquier caso, sobre lo que caben pocas dudas es que la congelación de los activos del banco central ruso y la desconexión parcial del sistema SWIFT contribuirá, sobre todo, a la profundización de la dinámica de bloques económicos que despunta en el horizonte de la economía mundial.

Las sanciones son como un cuchillo de doble filo al tener efectos tanto sobre el sancionado como sobre el que sanciona. Lo sabe Occidente y lo sabe Putin. Es en este cálculo de intereses donde se dirime el alcance de las medidas adoptadas. Las sanciones representan una vía de presión sobre Rusia, pero al mismo tiempo muestran cómo Occidente ni desea ni sabe desprenderse de un modo de vida que, por otro lado, es inviable globalmente, por injusto e insostenible. Los líderes europeos han evitado desde el principio la única manera de ganarle la guerra a Putin: prohibir las importaciones de gas, petróleo, carbón y otros materiales críticos de Rusia. En el primer mes de hostilidades, Europa ha proporcionado a Rusia 17.000 millones de euros a cambio de sus combustibles fósiles, otorgándole al régimen de Putin dinero suficiente para sostener el valor de su moneda y financiar la guerra.

Occidente, amparado una vez más en su retórica hipócrita, dice estar dispuesta a hacer todo lo que sea necesario para parar la agresión contra el pueblo ucraniano, pero ese “hacer todo lo que sea necesario” tiene como límites claros la preservación de su modo de vida. Y para conseguirlo, no siendo suficientes las medidas económicas, no renuncia a una nueva escalada armamentística.

El complejo militar-industrial y el desarrollo capitalista

Es una tendencia que se muestra desde hace años y que ahora la guerra impulsa con renovado brío. Tras la disolución de la URSS y el fin de la Guerra Fría, la evolución del gasto militar experimentó un descenso que despertó la esperanza en Europa de que la seguridad continental podría superar el esquema de bloques con que había sido diseñado hasta entonces. Nada más lejos de la realidad. Tras ese primer impasse, el gasto militar mundial se volvió a reactivar a partir de 1997, recuperando los niveles de la Guerra fría a finales de la primera década del nuevo siglo.¹⁰ Así pues, la posibilidad de disfrutar del “dividendo de la paz” resultante del recorte de los gastos de defensa

9 El sistema SWIFT (acrónimo de Society for World Interbank Financial Telecommunication) es un claro ejemplo de la hegemonía financiera de Occidente. Fundado en 1973 en Bruselas, agrupa a más de 11.000 organizaciones financieras de 200 países, pero está supervisada por los bancos centrales de unos pocos (EEUU, Alemania, Bélgica, Canadá, Francia, Italia, Japón, Países Bajos, Reino Unido, Suecia y Suiza, más el Banco Central Europeo), correspondiendo el liderazgo a Bélgica al estar ubicada la sociedad en dicho país. El Sistema de Pago Interbancario y Transfronterizo (CIPS, del inglés Cross-Border Interbank Payment System) es la alternativa en moneda china. Aunque operativo desde el año 2015, aún está muy lejos de la dimensión adquirida por el primer sistema: el CIPS cuenta únicamente con 19 bancos y 176 participantes indirectos que cubren 47 países y regiones.

10 Según los datos proporcionados por el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), www.sipri.org

se disipó pronto, tal vez porque fue percibido como una amenaza real para el poderoso complejo militar industrial. Se explica así que el devenir de los acontecimientos haya seguido un guion contrario al deseado. El militarismo se ha revelado una vez más como un elemento estructural de la economía capitalista, de ahí que, en vez de acometerse el desmantelamiento progresivo de una OTAN vacía de sentido, en su lugar hayamos asistido en las tres últimas décadas a su expansión hacia las fronteras rusas (incumpliendo las promesas verbales hechas a Gorbachov en los primeros tiempos de la perestroika) y a un creciente intervencionismo que la cuestiona como organización defensiva.¹¹

El año pasado el gasto militar mundial ascendió hasta 1,9 billones de dólares, experimentando el mayor incremento interanual desde la crisis global del año 2009.¹² Por dimensión esta “economía de la guerra” formaría parte del top de las diez principales economías mundiales (por detrás de la de Francia y delante de la italiana). De los 20 países que más gastan en defensa, la mitad son países de la OTAN (que en su conjunto representa el 53,1% del gasto total). De ese porcentaje, casi cuarenta puntos corresponden a los EEUU, de manera que su porcentaje en el gasto militar mundial duplica el peso que tiene la economía norteamericana en el PIB mundial. La economía estadounidense es una economía militarizada, por peso en el PIB y por ser el principal país exportador de armas del planeta (el 38,6% del total en el periodo 2017-2021).

Por su parte, Europa encabeza el crecimiento de las importaciones de armas en el último lustro. Pero si la región venía registrando el mayor incremento de las importaciones armamentísticas (un 19% más entre 2017 y 2021 que en los cinco años anteriores), ahora la Guerra en Ucrania ha desatado en el continente propensiones al rearme históricamente contenidas. Es el caso de Alemania, que ha anunciado su intención de cumplir con el objetivo de la OTAN de destinar un 2% del PIB a gasto de Defensa y que acaba de dar el visto bueno a un fondo especial de 100.000 millones de euros para modernizar su ejército. Si Alemania alcanza el nivel de gasto militar previsto (2% del PIB), será en pocos años la tercera o cuarta potencia militar del mundo. Pero, más allá de los casos particulares, se trata de un movimiento más amplio que engloba al conjunto de Europa: Finlandia y Suecia anuncian su predisposición de unirse a la OTAN de inmediato y Dinamarca ha convocado un referéndum el próximo uno de junio para decidir si sigue fuera de la política de seguridad y defensa europea. Todo ello supone un cambio en el paradigma de la seguridad militar europea, pues hasta ahora representaba el continente con los presupuestos militares más bajos en términos relativos.

11 Después de las intervenciones de la OTAN en Serbia en 1999, Afganistán en 2001, Irak en 2004 o Libia en 2011, ¿es posible todavía seguir considerándola como una organización defensiva?

12 Comunicado de prensa del SIPRI, Estocolmo, 26 de abril de 2021.

Se puede descargar en: https://sipri.org/sites/default/files/2021-04/sipri_milex_press_release_esp.pdf

Los líderes de la Unión terminaron su cumbre informal en Versalles (10 y 11 de marzo) con un mensaje claro: hay que despertar de una era de ingenuidad y apretar el acelerador en materia de Defensa europea. Asistimos, reza la declaración del encuentro, a “un vuelco descomunal en la historia europea” que impulsa a un rearme colectivo europeo como condición para alcanzar una autonomía energética, económica (incluyendo el abastecimiento de materias primas fundamentales, semiconductores alimentos, etc.) y militar.¹³

En la zona de Asia-Pacífico, China anunció en marzo un incremento del gasto militar para el próximo presupuesto anual del 7,1%, mayor que el registrado el año anterior (6,8%) y bastante superior a la previsión de crecimiento del PIB (5,5%). Australia ha puesto en marcha un programa para comprar a Estados Unidos submarinos de propulsión nuclear por un valor que se podría aproximar a los 170.000 millones de dólares. También los gobiernos de Japón y Corea del Sur habían anunciado en diciembre del año pasado un incremento en sus presupuestos militares.

Una tendencia armamentística que no solo representa un negocio *per se* para el poderoso complejo militar-industrial occidental, sino que es también la expresión de la manera en que prosperan los negocios en este mundo. La lógica bélica resulta indistinguible de la lógica competitiva del capitalismo. El armamentismo se muestra como una tendencia asociada a este nuevo orden que va emergiendo porque lo que está en disputa es la hegemonía y las zonas de influencia en las que ejercer el poder económico que preserva y da continuidad al modo de vida capitalista en el que estamos instalados.

La propaganda y el velo sobre la crisis civilizatoria

La guerra en Ucrania ha traído consigo una ofensiva mediática con el propósito no tanto de informar como de generar sensaciones, estados de ánimo. En Occidente, desde el inicio de la guerra, solo ha existido un relato. El alineamiento mediático en torno a él ha sido total. Maratones informativos, “mesas de análisis” en todas las franjas horarias con los mismos tertulianos, sucesión de imágenes en bucle difundidas una y otra vez, una auténtica inflación belicista para justificar la necesidad de la militarización atlantista y el envío de armas como única vía posible para parar la agresión del régimen de Putin. Por primera vez en su historia la UE financia a través del Fondo de Apoyo a la Paz la compra y entrega de armas, se alienta el envío bilateral de armamento y se celebra el nacimiento de la Europa geopolítica al dictado de la OTAN.

No se está abriendo ninguna oportunidad para la desescalada del conflicto. Ni Rusia ni el bloque atlantista están impulsando una salida al conflicto. Por el contrario, unos

¹³ Puede leerse *La declaración de Versalles del 10 y 11 de marzo de 2022* en: <https://www.consilium.europa.eu/media/54800/20220311-versailles-declaration-es.pdf>

y otros parecen empeñados en prolongar la guerra sin que importen las consecuencias, sea la multiplicación del número de víctimas y la prolongación del drama humanitario, sea el riesgo del uso de armas nucleares o la profundización de los desequilibrios alimentarios y energéticos que ponen en peligro la paz global. El principal efecto del desbocado gasto militar puesto en marcha con la excusa de la guerra es la detracción de importantes recursos de las inversiones sociales necesarias para construir un orden capaz de abordar la paz -siempre imperfecta- en un mundo amenazado por el desastre nuclear y el colapso socioecológico. Existen otras sendas para encontrar la salida que no se están explorando: el no alineamiento activo de los países, la resistencia no violenta de las sociedades, la cooperación multilateral en el marco de las Naciones Unidas y, sobre todo, el respeto al principio de indivisibilidad de la seguridad internacional que obliga a abandonar la voluntad de preservar el modo de vida occidental a costa de la inseguridad de otros pueblos y naciones.

* Santiago Álvarez Cantalapiedra es director de FUHEM Ecosocial y de la revista *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*.

Entrevista a Ulrich Brand

“Modo de Vida Imperial”: una lectura a la luz del conflicto de Ucrania

Monica Di Donato, FUHEM Ecosocial

En esta entrevista Brand reflexiona alrededor de la relación entre el modo de vida imperial y el nuevo escenario sociopolítico, ecológico y económico resultante de la guerra en Ucrania.

Ulrich Brand es profesor de Política Internacional en la Universidad de Viena (Austria). Desde septiembre de 2021, trabaja en el Instituto de Análisis Social de la Fundación Rosa Luxemburgo (Berlín, Alemania) sobre las perspectivas de las transformaciones socioecológicas emancipadoras. Es autor, junto con Markus Wissen, del libro Modo de vida imperial: vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo, Buenos Aires/Madrid, Tinta Limón, 2021. En marzo de 2018, publicó el libro Salidas del laberinto capitalista: Decrecimiento y postextractivismo, Barcelona/Quito, Icaria, escrito con el economista y político ecuatoriano Alberto Acosta, en el que se abordan los debates sobre el poscrecimiento en Europa y el posextractivismo /buen vivir en América Latina.

Monica Di Donato (MDD): En tus textos afirmas que existe un modo de vida imperial hegemónico que tiene como trasfondo una profunda crisis social y ecológica. ¿Cuáles son las dimensiones que caracterizan ese marco, y qué relación guardan con la esfera política, cultural, económico-financiera, geoestratégica, etc. de las sociedades capitalistas? ¿Cuáles son las consecuencias que acarrea?

Ulrich Brand (UB): El argumento que comparto con mi amigo y co-autor Markus Wissen es que el modo de vida imperial es posible gracias al acceso del Norte global a los recursos y a la mano de obra barata de otros lugares —tanto en el Sur global como en el Norte global. Sobre todo, tiene que ver con estrategias de

acumulación capitalista, de relaciones de poder. Ampliamos la perspectiva. Pensemos en la producción y consumo de coches, teléfonos móviles, algunos alimentos, vestido, materias primas o recursos energéticos. Para algunos, todo lo anterior crea una capacidad de acción y una prosperidad material (unido a la posibilidad de disponer de una infraestructura pública que funcione, y de unos servicios de interés general); para otros, sin embargo, significa una destrucción progresiva de sus medios de vida y la consolidación de relaciones de dependencia. A pesar de esta asimetría, este modo de vida imperial es hegemónico, es decir, está ampliamente aceptado y reproducido en las prácticas de producción y consumo, asegurado por políticas estatales; y lo está, aún más, como deseo, aspiración y promesa de vivir esa forma (ayudado de eslóganes habituales, tales como “desarrollo”, “progreso” o “crecimiento”).

El modo de vida imperial se ha profundizado en el Norte a través del proceso de globalización de los últimos 30 años, especialmente con la reestructuración de la división internacional del trabajo y la digitalización, con su alto consumo de recursos. Subjetivamente, muchos viven esto como una forma de prosperidad. El modo de vida imperial no significa que todos los habitantes vivan igual. Los estudios demuestran que el tamaño de la huella ecológica de cada uno depende poco de la conciencia ecológica y mucho de los ingresos.

Este modo de vida, que siempre es también un modo de producción, está alcanzando claramente los límites ecológicos globales. En el pasado, siempre hubo regiones que colapsaron ecológicamente, pero hoy el peligro tiene una dimensión global. En cierto sentido, el modo de vida imperial se está “ganando su propia muerte”. Y en tiempos de crisis se produce una paradoja que tiene implicaciones políticas: especialmente en el Norte, este modo de vida tiene un efecto estabilizador, porque los alimentos y otras mercancías relativamente baratas siguen llegando a las metrópolis a través del mercado mundial, pero, al mismo tiempo, las crisis políticas, sociales, económicas y ecológicas se intensifican en otros lugares, ocasionando graves conflictos socioecológicos y huida de la población.

Si nos acercamos a la dimensión geopolítica, el concepto del modo de vida imperial ayuda a entender las crecientes “tensiones eco-imperiales”, porque las grandes potencias políticas y las empresas transnacionales tienen que asegurarse el acceso a unos recursos naturales y a unas tierras que son cada vez más escasas.

MDD: En las últimas semanas, al escenario de crisis socioecológica se ha sumado el conflicto bélico en Ucrania. En el marco de análisis desde el que te mueves, ¿qué lectura haces de esta reconfiguración del orden geopolítico y de poder a nivel mundial? ¿qué papel asignas a cada actor implicado directa o indirectamente (es decir, no solo a Rusia o Ucrania, sino también a EEUU, China y la UE)?

UB: Hay varias dimensiones en este conflicto. Para mí es y será algo parecido al 11 de septiembre, es decir, un punto y aparte que va a reorientar las políticas dominantes,

y que supone un desafío enorme para las fuerzas emancipatorias y el pensamiento crítico.

Con respecto a tu pregunta quiero precisar que, por un lado, no hay que olvidar que el capitalismo ruso se desarrolló, en las últimas décadas, como parte de ese orden mundial capitalista neoliberal, y Rusia era una parte crucial, con sus recursos fósiles y agrarios. Sabemos, además, que los años noventa fueron cruciales, ya que los actores neoliberales globales, como el FMI y parte de las élites postsoviéticas, promovieron, con la ayuda del gobierno de Yeltsin, la neoliberalización y oligarquización de Rusia – los economistas neoliberales como Jeffrey Sachs argumentaban, en ese sentido, a favor de una inevitable “terapia de shock”. Pero, por supuesto, que había alternativas como, por ejemplo, un papel más activo del Estado en la economía, el mantenimiento del Estado de bienestar, etc. Es innegable que fue una victoria contundente de las estrategias neoliberales-oligárquicas. Por otro lado, existía una perspectiva geopolítica occidental, sobre todo de EEUU y de la OTAN, que no aceptaba los intereses políticos de seguridad de Rusia, por ejemplo, en lo que se refiere a las estrategias de la ampliación de la OTAN.

Si consideramos las relaciones internas de la sociedad rusa, se puede argumentar que sociedades con una economía extractivista, tienden a ser autoritarias porque el control de la renta de la venta de los recursos fósiles privilegia la centralización del control y del poder —de alguna manera, están gobernadas por oligarcas con buenos contactos en el mundo de la política, y no por una burguesía que quiere cierta independencia del Estado. Eso también facilitó el auge del régimen de Putin.

Otro aspecto de la reconfiguración es que, a pesar de la dinámica de los últimos años, especialmente el auge económico y político de China, existe un consenso entre las élites globales para mantener y expandir el modo de vida imperial a una parte creciente de la población. Pero eso ocurre de una manera muy desigual, porque el modo de vida imperial es muy clasista, patriarcal y racista. Creo que, por ejemplo, una perspectiva de clase es necesaria para preguntarse acerca de qué intereses comunes tienen las fracciones dominantes en diferentes regiones. Por ejemplo, hay fracciones importantes que están a favor de la militarización del mundo, otras que quieren mantener la dependencia de la energía fósil, otras que viven bien de la globalización neoliberal, del libre movimiento del capital, de los paraísos fiscales, etc. Claro, en tiempos de guerra pensamos en términos de países, regiones, gobiernos, pero creo que esta otra mirada sigue siendo también importante.

Si pensamos en regiones y sus gobiernos, es decir, las élites políticas estrechamente vinculadas con las élites económicas, y la propuesta de mirar hacia el mundo bajo la óptica del modo de vida imperial, creo que un aspecto principal para entender el régimen de Putin es su carácter abiertamente imperial y bélico, pero también su deseo de mantener la dependencia de otras regiones que precisan de sus recursos naturales. Como vemos, ese último punto es muy ambiguo.

Creo que China puede ser indirectamente uno de los ganadores de este conflicto porque mantiene relaciones económicas con Rusia, y se presenta como un actor de la paz. Pero no conozco de manera suficiente las discusiones y estrategias del gobierno chino. Sin embargo, lo que considero interesante es que por primera vez hace muchos siglos China es, indirectamente, un actor importante en un conflicto europeo.

EEUU se muestra, junto con la OTAN, como la gran potencia mundial que puede frenar un régimen como el de Putin y así superar el trauma de su fracaso total de los últimos años en Irak y Afganistán. Pero lo que vamos a ver, sobre todo, es que la industria militar en EEUU va a beneficiarse muchísimo del gasto armamentístico de países como Alemania. En general, no creo que EEUU sea una potencia en declive, pero sin duda está redefiniendo su papel como potencia militar global, como actor político que organiza las relaciones entre países, como poder en la economía digital global y como referente para las fuerzas liberales con su modelo de democracia.

Actualmente, EEUU, su gobierno, así como sus intelectuales orgánicos contribuyen a una fuerte renacionalización de la ideal de Occidente, de un Occidente que tiene que ser agresivo.

En este contexto creo que la UE será uno de los actores que más pierda en este conflicto, pues probablemente será quien más contribuya a la militarización del mundo. Y claro, los esfuerzos y recursos sociales que se requieren para tratar con las consecuencias de la guerra son enormes: los refugiados, los impactos económicos, la inseguridad en el suministro de la energía, etc. No tengo una idea positiva de “Europa” o de la UE, pero sí considero que existe un potencial de perspectivas políticas y económicas posnacionales que abren espacios para el pensamiento crítico y las estrategias emancipadoras. Y existe una base de derecho internacional, basada en el respeto a las leyes y no al del dominio del más fuerte.

Finalmente, y lamentablemente, el gran perdedor, en términos humanos, de este conflicto es Ucrania. Y no olvidemos los impactos sobre otras regiones—y sobre gente más vulnerable—, que van a sufrir del auge de los precios de los alimentos y la energía, hasta de la escasez de ciertos productos agrarios.

MDD: ¿Consideras que se está fragmentando la economía global en diferentes bloques o se trata “simplemente” de una disputa por la hegemonía entre potencias ascendentes (China, por ejemplo) y potencias en declive (EEUU o la UE)?

UB: Buena pregunta. Hasta hace poco tiempo yo pensaba que se trataba de una disputa por la hegemonía, sobre todo entre EEUU y China. La UE juega un papel importante aquí, pero no decisivo, al ser más bien un aliado de EEUU, también en lo que a asuntos militares se refiere. Pero la pandemia, y aún más esta guerra, pueden implicar una mayor fragmentación entre bloques económicos. En la UE se habla hoy día de “autonomía estratégica”, en el sentido de lograr más independencia en los ámbitos

económicos, tecnológicos, en la organización del acceso a los recursos naturales, en relación con la infraestructura, etc. Putin habla de una "autarquía económica", es decir, del intento de una reorientación de la economía rusa que, sin embargo, creo que va a desembocar en una dependencia más fuerte con respecto a China.

Actualmente, Rusia no es capaz de producir muchos productos de alta tecnología (incluso repuestos para las armas), a la vez que está experimentando un flujo importante de emigración de personas formadas. Eso abre claramente un espacio para China (que, a su vez, es dependiente de alta tecnología de EEUU, si pensamos, por ejemplo, en microchips). Eso no significaría disociación absoluta, pero sí mucha menos confianza en una economía globalizada que produce todo de manera más barata o, en términos económicos, allí donde la ventaja comparativa es mayor, gracias a las infraestructuras de transporte, las condiciones legales o el libre comercio. Podríamos llamarla una "desglobalización desde arriba", de los poderosos. Sin embargo, no tenemos que olvidar que la economía globalizada está, en muchos aspectos, bastante integrada, y detrás de esto hay intereses fuertes; hay que ver cuál será la dinámica.

En el movimiento alterglobalizador discutimos mucho sobre una necesaria "desglobalización desde abajo", es decir, para los pueblos, de manera democrática y emancipatoria. Esa sigue siendo una tarea importante.

MDD: La guerra en Ucrania, sin ser la causa, ha despertado el "juego" geoestratégico en términos de guerra de suministros, guerra de sanciones, etc. En otros términos, sabemos que las causas del conflicto son complejas, llegan de lejos y no responden a una lógica de "guerra por el control de recursos" o por proteger ciertos mercados y espacios de influencia económica. Se trata más bien de consecuencias que, sin embargo, están creando no pocos problemas, sobre todo, a las economías del bloque europeo. En ese sentido, la guerra a golpe de sanciones hacia la ya precaria economía rusa puede ser un factor importante a considerar, aunque no parece que haya intención de implementarla de manera contundente por los riesgos e impactos que puede tener para el sancionador. ¿Qué piensas al respecto? ¿Alemania, o la UE en general, están verdaderamente dispuestas a renunciar al gas ruso o al mercado que representa aquel país en la venta de sus coches, por ejemplo? ¿No antepondrán la defensa de su modo de vida a cualquier otra consideración (de ahí la extrema cautela en un uso "ponderado" de las sanciones)?

UB: Estoy de acuerdo, no veo tanto que para Putin sea prioritario controlar directamente los recursos de Ucrania. Putin fue muy explícito en junio 2021 cuando negó la independencia de Ucrania y habló de la unidad de los pueblos de Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Pero has preguntado por las sanciones. Ahora, a finales de abril y a nueve semanas después del inicio de la guerra, podemos ver que la UE no impone de manera contundente las sanciones a Rusia, sobre todo en lo referido al gas. Los gobiernos de Alemania y Austria, principalmente, están en contra por su fuerte dependencia de Rusia. Yo estoy convencido de que las sanciones tienen que ir más lejos e incluir el

gas. Hay economistas que argumentan que estas sanciones son viables y, aunque causarían cierto freno a la economía, sus efectos no serían catastróficos. Otros, como las asociaciones de empresarios o los sindicatos, dicen que las sanciones rápidas y contundentes van a perjudicar a las economías de Europa. Y que es una forma de doble moral de no comprar el gas de Rusia, pero sí de regímenes autoritarios del Oriente Medio. Es una discusión importante. Es difícil de prever cómo evoluciona esta situación, pero estamos ante un escenario tan extraordinario (máxime cuando las masacres en Ucrania son conocidas) que yo creo que sí, habría que tomar esta medida en contra de Rusia. Con respecto al modo de vida, sí, al corto plazo puede influir sobre él, como la pandemia lo hizo.

El Estado tendría que intervenir mediante la financiación del paro parcial, apoyando a las empresas, etc. A medio y largo plazo, la guerra puede contribuir a cierta modernización del modo de vida imperial con un cambio a gran velocidad en la base energética de la economía. Lo interesante es que también las élites hablan ahora mucho más de la necesidad de una transformación energética rápida. Con la ambigüedad —que para mí es un error— de declarar la energía fósil y el gas como fuentes energéticas sostenibles. El problema será si el modo de vida imperial es capaz de mantenerse con eso, por ejemplo, a través de la electrificación de los coches. Pero el cambio necesario tiene que ser más radical, debe cambiarse el sistema de movilidad reduciendo drásticamente la dependencia del automóvil privado, expandirse el sistema del transporte público, reducirse en muchos ámbitos la necesidad de movilidad, por ejemplo, mediante “ciudades con distancias más cortas”.

MDD: Si nos pusiéramos en el escenario de salida del conflicto, ¿qué repercusión tendrían los cambios en la nueva configuración hegemónica sobre el “modo de vida imperial”, o simplemente afectarían a las formas de preservarlo ante nuevos actores, riesgos o amenazas?

UB: Si pensamos en lo inmediato, yo creo el conflicto bélico, probablemente se frenará por un agotamiento militar de ambos lados. Es muy probable que no habrá una victoria “total” de un lado y que esta situación, después de un tiempo, pueda derivar en reabrir de nuevo el conflicto bélico. Así tenemos que pensar en una perspectiva de varios años, probablemente hasta que no se produzca un cambio del régimen en Rusia (que deberá ser impulsado desde dentro). Al mismo tiempo, el régimen de Putin tiene todavía bastante legitimidad en la sociedad rusa. Si miramos más allá del conflicto concreto, un escenario probable y, para nada deseable, es una transformación en clave de seguridad de la política y, en general, de las miradas sobre el mundo. Ya lo vemos en el anuncio del Gobierno alemán de habilitar un fondo especial de 100.000 millones de euros para armamento durante los próximos cinco años.

Un criterio fundamental para la hegemonía del modo de vida imperial sigue siendo en qué sentido asegura el bienestar de amplios grupos sociales (aunque de manera totalmente desigual), así como también en qué medida es capaz de prometer a

muchos más que puedan participar del mismo. Pero otro criterio, que ya conocemos de las políticas migratorias y de refugiados, será el de la seguridad, lo que representará una amplia legitimación para poner recursos enormes en la militarización de las fronteras, de las rutas de migrantes etc. Y, si pensamos en la crisis económica financiera de hace más de una década, o ahora en la pandemia, vemos cómo siempre el modo de vida imperial se mantiene gracias a intervenciones públicas permanentes y costosas en situaciones de crisis. Ambas dimensiones, militarización y políticas de crisis, disminuyen el bienestar material, salvo para las industrias que producen armamento, medicamentos etc. Y también cierta fragmentación de la economía global, que puede traducirse en menos explotación de otras regiones y, como consecuencia, precios más altos, como veremos en el caso de que se acelera la transición energética.

MDD: ¿En qué medida consideras que, con el trasfondo de la crisis ecológica global, el conflicto de Ucrania podría ser “la oportunidad” para empezar un cambio radical, una transición hacia nuevos escenarios emancipatorios dentro del bloque europeo?

UB: En general, sí es una oportunidad, y hay una politización enorme del asunto. A mediados de abril, el gobierno alemán anunció que iba a poner muchos más recursos para la transición energética. Dependerá de los intereses económicos, de las correlaciones de fuerza, pero también de las tecnologías o de la disponibilidad de alternativas. Si ahora, por ejemplo, actores poderosos son capaces de convencer a los gobiernos de que la salida principal es importar gas procedente de la fractura hidráulica (*fracking*) de los EEUU. o importar de países de Oriente Medio, esta oportunidad se cerrará. Se quedará en la lógica capitalista del suministro de energía, y no se pensará de manera suficiente en términos de una transición energética más regional que vaya más allá del gas —por ejemplo, mediante la expansión de la energía solar en el sur de Europa—. Otro aspecto casi totalmente ausente en las discusiones es la necesidad de *reducir* masivamente el consumo de energía en la matriz productiva y en los patrones de consumo (reduciendo la movilidad privada, el tráfico aéreo, disminuyendo la agricultura industrial y fomentando la ecológica, etc.). Todo eso impide una transición emancipatoria.

En determinadas ocasiones, la política oficial hace referencia a la necesidad de reducir el consumo de energía, pero se queda en la lógica individualista, tendiendo a individualizar la responsabilidad. Al contrario, una verdadera transformación socioecológica llegaría a ser más estructural, por ejemplo, reduciendo la producción de coches y aumentando de manera considerable el transporte público —y no pidiendo solo a los consumidores de no usar el coche privado. O visto de otra manera, eso son los campos de batalla para actores que quieren justamente esto último.

MDD: Aunque finalice de forma rápida el conflicto en Ucrania, lo que no acabará será la crisis ecosocial y las contradicciones derivadas de las actuales tensiones

geopolíticas. ¿Cómo crees que actuarán los grandes centros capitalistas y sus estados en ese sentido, y qué respuestas sociales auguras frente a un posible recrudescimiento, tanto de las polarizaciones y tensiones a nivel social, como de los impactos cada vez más frecuentes y devastadores a nivel ecológico?

UB: Es una pregunta muy compleja. Creo que los centros capitalistas van a fomentar la militarización, pero también van a intentar cierta modernización ecológica del capitalismo y su modo de vida imperial (principalmente tratando de cambiar parcialmente la base energética). Un efecto que ya se nota es, y será, lo que llamamos “extractivismo verde”: los recursos naturales para esta modernización como el litio, la madera del balso o el cobre vienen de los países del Sur global y de sus economías extractivistas. Si pensamos en cierta fragmentación de la economía mundial en bloques, un resultado puede ser la división del mundo en esferas de influencia como en la fase del imperialismo clásico, y en contra de una globalización capitalista neoliberal. Pero esto está por ver.

Además de una ayuda concreta a los refugiados, una respuesta social inmediata debería ser capaz de oponerse a la lógica de la militarización y al creciente autoritarismo. Porque esa lógica va en dirección contraria a las medidas realmente efectivas para afrontar la crisis ecosocial: no es solo que la guerra por sí misma causa enorme destrucción, es que también el militarismo impone una jerarquización en las prioridades políticas, relegando a la crisis ecosocial a un lugar secundario.

Las respuestas sociales emancipadoras tienen que trabajar alternativas al modo de vida imperial que causa todas estas tensiones, así como la competencia por los recursos, etc. Un modo de vida solidario, la experiencia masiva, sentida por la mayoría, de un bienestar justo y viable, atractivo y no destructivo, es muy necesaria. Como ya he dicho, eso se traduce en otro sistema de alimentación y transporte, así como de habitar o vestirse, y detrás de eso, también se traduce en otras relaciones de producción. Desde un punto de vista político, habría que cuestionar la riqueza, su concentración en las manos de unos pocos ricos y súper ricos, al mismo tiempo que se visibilizan los mecanismos políticos y económicos que permiten que la polarización social ocurra.

Un desafío muy concreto es pensar en una transición energética radical (que incluya una Rusia post Putin) capaz de desprenderse de la dependencia de los recursos fósiles. Y para ello, necesitamos un nuevo internacionalismo que piense el bienestar, la protección social y la paz en términos globales, es decir, en términos de un mundo poscapitalista y posimperial, con un modo de vida solidario para todo el mundo. Eso implica un orden mundial, políticas internacionales y una economía global totalmente diferentes.

Entrevista Jan Vande Putte

El peligro nuclear en el contexto del conflicto en Ucrania

Pedro L. Lomas, FUHEM Ecosocial

Aprovechando el contexto de emergencia climática, la energía nuclear ha vuelto a ser nuevamente propuesta como la clave para la transición energética. Sin embargo, a los ya tradicionales peligros de este tipo de energía, la guerra en Ucrania ha vuelto a colocar sobre la mesa otra serie de problemas añadidos que tienen que ver con la vieja y estrecha relación entre el ámbito militar y este tipo de tecnologías.

En esta entrevista tratamos todos estos aspectos con

Jan Vande Putte es graduado en estudios sobre la guerra (Polemología) por la Universidad de Lovaina (Bélgica), con una especialización en desarme nuclear, y posee un máster en protección radiológica por la Universidad Técnica de Delf (Holanda). Después de trabajar para la Asociación Internacional de Físicos para la Prevención de la Guerra Nuclear (IPPNW), se unió a Greenpeace (1994), primero como activista por el desarme nuclear y, después, amplió su campo de trabajo a la energía nuclear, la política energética y las renovables. Trabajó para Greenpeace Bélgica, y luego para Greenpeace Internacional (2002-2007). Desde marzo de 2011 trabaja para Greenpeace-Asia Oriental (China, Corea del Sur y Japón) y Greenpeace-Bélgica coordinando los trabajos de evaluación de la radiación en la central japonesa de Fukushima.

Pedro L. Lomas (PLL): Desde los inicios del desarrollo de las técnicas que permitirían el uso del átomo, los partidarios del uso masivo de la energía nuclear han planteado la neutralidad de la misma, es decir, que existe una separación clara entre el uso civil y el uso militar de los materiales radiactivos; que una cosa era la ciencia nuclear y sus

posibles aplicaciones, y otra los usos que desde lo militar se estaban haciendo de ella, ¿qué hay de certero o de equivocado en esta caracterización más allá de la separación abstracta entre un objeto y su uso?

Jan Vande Putte (JVP): Hay una relación muy estrecha entre el denominado uso civil (básicamente, producción eléctrica) y los usos militares de la energía nuclear.

Históricamente, el Proyecto Manhattan,¹ así como otros proyectos militares de los estados que actualmente disponen de armas nucleares, estuvieron en el origen del desarrollo de los reactores nucleares, cuyo primer objetivo no fue otro que el de la producción de plutonio, elemento clave de las bombas nucleares. En una fase posterior, el reactor de agua a presión (que, hoy en día, es el tipo de reactor civil más común) fue concebido por los EEUU como una tecnología compacta para ser integrada en submarinos. Todavía hoy, el Comisariado para la Energía Atómica y las Energías Renovables (CEA) tiene tanto una sección militar como una civil, igual que la Corporación Estatal Rusa de Energía Atómica (ROSATOM), que concentra tanto el desarrollo de armas nucleares como el comercio de sustancias radioactivas con fines civiles (por ejemplo, el comercio de uranio con la Unión Europea).

En una etapa posterior, los países que no disponían de armas nucleares oficialmente, pero sí que tenían programas para su desarrollo o directamente las desarrollaron, lo hicieron fundamentalmente a través de programas nucleares civiles, obteniendo (por ejemplo, Paquistán, India o Israel) o intentándolo, al menos (por ejemplo, Irán o Arabia Saudí), una tecnología y un conocimiento que permitía un doble uso civil y militar.

Evidentemente, la situación es muy distinta según los países, pero, por ejemplo, en Oriente Medio, en mi opinión, caben pocas dudas de que el programa nuclear iraní tiene como objetivo tener, al menos, la opción de fabricar armas nucleares. Además, Arabia Saudí (que está adquiriendo energía nuclear) ha afirmado que podría salir del tratado de no proliferación nuclear si Irán dispusiera de armas nucleares.

En cualquier caso, hay que distinguir entre la proliferación horizontal (nuevos estados que adquieren armas nucleares) y la proliferación vertical (adquisición de armas más sofisticadas). Por ejemplo, la cooperación "civil" entre Francia y China, que incluye la transferencia de tecnología de neutrones rápidos. Se trata de una tecnología muy problemática, que puede ser usada por parte de China para desarrollar armas nucleares más pequeñas y precisas.

De hecho, cualquier tecnología de neutrones rápidos o de plutonio es extremadamente problemática. Hay que pensar que incluso el plutonio de grado bajo, con un nivel de enriquecimiento propio de un reactor convencional, puede ser usado

¹ El Proyecto Manhattan fue el proyecto de investigación y desarrollo de armas nucleares liderado por EE.UU. durante la Segunda Guerra Mundial.

potencialmente para el desarrollo de un arma nuclear cruda. Esta es la razón por la que la obtención de esta tecnología por parte de Japón o Corea del Sur es un tema sensible desde el punto de vista de la proliferación nuclear. EEUU ha permitido claramente la obtención de dicha tecnología a Japón, pero no a Corea del Sur.

En el campo de los denominados pequeños reactores modulares también se concentran muchos nuevos riesgos de proliferación nuclear (muchos de los diseños están o bien basados en tecnología de neutrones rápidos o bien en un mayor grado de enriquecimiento de uranio). Países como Francia o el Reino Unido hablan abiertamente de que el desarrollo de esos nuevos diseños tiene un uso tanto militar como civil (para nuevos reactores navales). En este sentido, es reseñable el hecho de que la CEA francesa ha estado cooperando intensivamente con la rusa ROSATOM en el desarrollo de esta tecnología.

PLL: A pesar de estas bondades que se atribuyen al aprovechamiento de las sustancias radiactivas, el uso de este tipo de técnicas está muy regulado mundialmente, y cualquier intento de adquirirlas por parte de países no alineados ideológica o políticamente con algunas potencias occidentales y sus brazos militares, suele traer consigo un reguero de condenas, sanciones, intervención del país, etc., ¿qué significa la energía nuclear en términos de poder en el actual mundo globalizado?

JVP: La oferta de energía nuclear a nuevos países es, ante todo, un tema geopolítico. Recientemente, se ha hecho muy evidente la política rusa (a través de ROSATOM) de comprar la lealtad de otros países a través de la cooperación civil nuclear. En la Unión Europea hay 18 reactores que obtienen sus elementos de combustible de uranio de fuentes rusas, y sin ese suministro tendrían que paralizar su funcionamiento (en la República Checa, Finlandia, Bulgaria, la República Eslovaca, Hungría y Rumanía). El reactor nuclear de Akkayu, en Turquía, es un ejemplo parecido. Esta dependencia hace que Rusia tenga una fuerte influencia política sobre esos países (algo similar a lo que sucede con el suministro de gas).

La situación ha sido históricamente la misma, aunque menos evidente, en cuanto a la influencia que se ejercía sobre otros países que obtenían su tecnología nuclear de, por ejemplo, Francia o EEUU. Estos dos países han sido los más activos en todo el mundo en la promoción de proyectos nucleares, aunque Francia se ha mostrado menos contenida que los EEUU, que ha sido un país más cauteloso desde la política de no proliferación nuclear del presidente Carter.² En los últimos tiempos, China está emergiendo también como un proveedor de importancia global en lo que se refiere a tecnología energética nuclear, incluyendo entre sus actividades, por ejemplo, la promoción de proyectos en el Reino Unido.

Desde otra perspectiva, por ejemplo, observando a Arabia Saudí, está claro que si los EEUU continuasen desarrollando energía nuclear directamente en el país, nos

2 Trigésimo noveno presidente de los EEUU, entre 1977-1981.

encontraríamos ante una situación delicada desde el punto de vista de la proliferación, dadas las declaraciones abiertas del heredero saudí al trono, Mohamed Bin Salman. Sin embargo, si los EEUU no se la suministrasen, Arabia Saudí podría aprovechar su posición estratégica para obtener dicha tecnología de China, por ejemplo.

Hay que subrayar que países como Irán, en el pasado, y posiblemente Arabia Saudí, actualmente, pueden obtener la tecnología nuclear bajo los auspicios del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y, en un momento determinado, decidir salirse unilateralmente del tratado (como sugirió abiertamente Bin Salman). En tal caso, se podría tratar el asunto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, pero no está claro que esto supusiera un freno real para un país que decidiese seguir semejante camino. En este sentido, el sistema de salvaguardas del OIEA ha sido, en muchos casos, contraproducente a la hora de evitar la proliferación nuclear.

PLL: El poder nuclear se ha propuesto como el mal menor para acabar con guerras, como en la Segunda Guerra Mundial, o como elemento de disuasión para evitar conflictos. Como se puede observar en la actualidad, ¿es posible que nos encontremos en un momento donde este supuesto poder disuasorio esté perdiendo fuelle? ¿Hay una disminución de la percepción del riesgo que supone este tipo de energía?

JVP: La percepción existe. En el mundo occidental, la amenaza de una aniquilación nuclear ha sido un tema tratado desde, al menos, el final de la Guerra Fría. Aunque es evidente que la guerra en Ucrania lo ha vuelto a poner en la agenda. En este sentido, las armas nucleares y la amenaza que suponen continúan ahí. En el escenario de guerra actual en Ucrania es obvio que esto implica un riesgo mucho mayor. Si Rusia usase armas nucleares tácticas dentro del escenario bélico, se produciría un riesgo serio de escalada nuclear.

Además, la proliferación de armas nucleares en la India, Paquistán, Israel o Corea del Norte está aumentando la tensión en esas regiones del mundo. Esto lleva a más países a poner dentro de su agenda el desarrollo de la "opción" nuclear, es decir, la obtención de la capacidad para el desarrollo potencial, y relativamente rápido, de un arma nuclear. Una mayor expansión de la tecnología nuclear "civil" a países de regiones políticamente inestables también hace que aumenten esas tensiones regionales.

PLL: Los partidarios de la energía nuclear la califican de energía supuestamente "verde", tal y como ha hecho recientemente también la Unión Europea, pero además "segura", aludiendo a que el desarrollo técnico permite evitar las probabilidades de fuga de radiación o material nuclear. Los detractores, sin embargo, recuerdan los incidentes graves que han sucedido y sus repercusiones todavía presentes, ¿tenemos razones para pensar que la energía nuclear no es tan segura como se nos dice? ¿en qué aspectos puede ser la energía nuclear insegura?

JVP: Claro. Aparte de las implicaciones de la propia proliferación nuclear, que ya han sido tratadas anteriormente, el primer problema de seguridad tiene que ver con el riesgo de un accidente nuclear de grandes proporciones, tal y como ya se ha visto en Chernóbil o Fukushima. El último análisis del accidente nuclear de Fukushima mostró que el incidente estuvo cerca de provocar un desastre 100 veces más grave.³ Y pudo ser así debido a la piscina de combustible nuclear gastado del reactor 4, que casi se seca y que podría haber desencadenado la liberación de cerca de 900 Bq⁴ de Cesio-137,⁵ en lugar de los entre 7 y 20 Bq que se estima que se liberaron debido a la fusión de los reactores 1 y 3. Además, por casualidad, el 80 % de la radioactividad se liberó o se depositó en el Océano Pacífico, en lugar de liberarse a la atmósfera, gracias a la dirección del viento. Este escenario fue nuevamente evaluado para los reactores ucranianos de Zaporizhzhia, que sufrieron el ataque y ocupación del ejército ruso a principios de marzo de 2022.

Hay que señalar que ningún reactor nuclear está protegido contra actos de guerra o contra un ataque terrorista, teniendo en cuenta además que cualquier reactor contiene una gran cantidad de radioactividad. Se trata de riesgos cuya mera suposición es simplemente inmoral, y que, en general, no están cubiertos por los regímenes de responsabilidad nuclear.

Finalmente, también hay que considerar la cuestión de los residuos radioactivos, para cuyo almacenamiento seguro, durante cientos de miles de años en el futuro, no se ha encontrado todavía una solución satisfactoria. No existe un sistema realista para asegurar la transferencia de conocimiento e información nuclear. Solo pensemos en la forma en la que el ejército ruso irrumpió en la zona de Chernóbil, sin ningún tipo de consideración acerca del riesgo que sus propios soldados estaban asumiendo.

PLL: En un momento en el que vuelve a surgir la guerra en Europa, parece que lo nuclear se está convirtiendo en una de las preocupaciones, tanto de los contendientes, como de otros países. Más allá del peligro de exterminio que implicaría una guerra con armamento nuclear, ¿qué otros peligros crees que supone el desarrollo de un conflicto bélico en un territorio con instalaciones nucleares?

JVP: Obviamente, como se mencionaba antes, y dado que ninguna central nuclear puede resistir un ataque militar, el ataque del ejército ruso a la central de Zaporizhzhia, en el sureste de Ucrania, durante los días 3-4 de marzo de 2022, generó una situación extremadamente peligrosa. Aunque parecía irracional desde el propio lado ruso

3 El último informe 2020/2021 sobre el accidente nuclear de Fukushima se encuentra disponible en el sitio web del Comité Científico de Naciones Unidas sobre los efectos de la Radiación Atómica (UNSCEAR): <https://www.unscear.org/unscear/en/fukushima.html>

4 El Becquerel (Bq) es la unidad derivada del Sistema Internacional que mide la actividad de las sustancias radioactivas. Equivale a una desintegración por segundo.

5 El Cesio-137 es un isótopo radioactivo del Cesio (Cs) que habitualmente forma parte de los productos derivados de la fisión del Uranio-235 y otros combustibles usados en centrales o armas nucleares.

correr un riesgo que podía amenazar al mismo territorio ruso, el problema residía en el hecho de que los que estaban llevando a cabo el ataque no eran conscientes de los riesgos que estaban generando.

Una situación parecida se creó el pasado 24 de febrero de 2022, cuando Rusia atacó el área de la central nuclear de Chernóbil, en el norte de Ucrania. La situación más peligrosa fue el almacenamiento de combustible apagado en las viejas piscinas de la instalación ISF-2.⁶ Aunque el combustible fuese viejo y produjese menos calor, el corte repetido del suministro eléctrico a la planta produjo una situación peligrosa, dado que la central necesitaba la electricidad para labores de refrigeración y ventilación.

Los generadores de reserva no se habían diseñado para proporcionar energía durante largos períodos de tiempo, y en el caso de apagado prolongado, es probable que se hubieran quedado sin combustible. Además, las piscinas de la instalación ISF-2 son altamente vulnerables a disparos por parte de los militares debido a su baja protección.

El OIEA ha estado siguiendo la situación, pero sus actuaciones han sido poco efectivas, y hasta cierto punto, contraproducentes. Esto se debe a la influencia que tiene Rusia, todavía hoy día, dentro de esta organización. Es especialmente problemática la posición del Sr. Mikhail Chudakov, como director general adjunto del OIEA.

⁶ ISF (Interim Storage Facility) = Instalación de almacenamiento provisional en seco de combustible nuclear gastado.

Diálogo: Respuestas desde el movimiento pacifista

La guerra de Ucrania en el contexto del surgimiento de un nuevo orden

Susana Fernández Herrero, FUHEM Ecosocial.

La guerra, al igual que la pandemia, está exigiendo una respuesta rápida y contundente por parte de los gobiernos, muchas veces improvisada y con poca consciencia de las consecuencias que puede acarrear. La respuesta de Occidente a la agresión rusa a Ucrania ha animado los “ardores belicistas” de la sociedad y se empiezan a ver signos preocupantes de la imposición de una lógica militarista sobre la sociedad que trastoca prioridades y deja en la estacada cosas que hasta hace poco considerábamos valiosas (transparencia, libertad informativa, derechos y libertades fundamentales, etc.).

Para diagnosticar el contexto en el que estamos, ver cómo es percibido por el grueso de la ciudadanía y que desafíos plantea todo lo anterior al movimiento pacifista, conversamos con:

Ana Barrero Tiscar, directora de la Fundación Cultura de Paz. Presidenta de la Asociación Española de Investigación para la Paz (AIPAZ). Miembro del Consejo del Instituto Universitario de Derechos Humanos, Democracia, Cultura de Paz y Noviolencia (DEMOSPAZ-UAM). Miembro de la Junta Directiva de WILPF España, sección española de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Entre sus líneas de investigación están la construcción de la paz en ciudades y territorios, en esta línea está trabajando en el desarrollo de una Agenda Local de Paz y Convivencia; las tecnologías para la paz; y las alfabetizaciones múltiples para una cultura de paz, tema sobre el cual está desarrollando su tesis doctoral en la Universidad Carlos III de Madrid.

Ana Villellas, licenciada en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona – UAB. Tiene un máster en Política Internacional y Europea por la Universidad

de Edimburgo, una diplomatura de postgrado en Cultura de Paz de la UAB. Su área de investigación son los conflictos y procesos de paz en Europa, Cáucaso y Asia central y, particularmente, la cuestión kurda en Turquía. Otro ámbito de investigación es la dimensión de género en los conflictos y construcción de paz. Forma parte de la red de género de Global Partnership for the Prevention of Armed Conflict (GPPAC), así como del grupo de trabajo de género, paz y seguridad de European Peacebuilding Liaison Office (EPLO) en representación de GPPAC. Coautora de *Alerta! Informe sobre conflictos, derechos humanos y construcción de paz* desde 2007.

Carmen Magallón, doctora en Ciencias Físicas, por el programa de Historia de la ciencia-Filosofía de la ciencia, de la Universidad de Zaragoza. Licenciada en Físicas. Diploma de Estudios Avanzados (DEA) en Filosofía. Postgrado de Historia de la Ciencia, Estudios de Psicología, UNED. Presidenta de la Fundación SIP (Seminario de Investigación para la paz), de Zaragoza. Presidenta de Honor de WILPF España, sección de la Liga internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad.

Tica Font, fundadora del Centre d'Estudis per la Pau J.M. Delàs, experta en Economía de defensa, comercio de armas, presupuestos de defensa, industria militar, nuevas armas y seguridad. Ha sido profesora en educación no formal, tutora de la Universidad Nacional a Distancia (UNED) y técnica en medio ambiente en la Diputación de Barcelona.

Susana Fernández Herrero (SFH): [¿Qué aspectos te resultan más preocupantes de la imposición de esta lógica militarista en la resolución de unos problemas que tienen como trasfondo la geopolítica y la reconfiguración del orden internacional?](#)

Ana Barrero (AB): La lógica militarista se basa en la premisa de que si se desea la seguridad y la paz hay que combatir para conseguirlas, es decir, prepararse para la guerra. Y sobre esta premisa perversa se ha construido un orden internacional basado en el militarismo, consistente en el establecimiento de políticas públicas encaminadas a proporcionar la seguridad mediante el armamentismo, el comercio de armas, el gasto militar, etc.

Desde la Investigación para la Paz sabemos bien, porque lo trabajamos desde el rigor científico y porque las evidencias y los hechos históricos así lo han puesto de manifiesto en innumerables ocasiones, que esta afirmación es absolutamente falsa y tremendamente preocupante. Que prepararse para la guerra supone invertir miles de millones en armamentos y gastos militares, mientras se reducen las inversiones ecosociales (vivienda, salud, educación, trabajo digno, seguridad alimentaria, medio ambiente...) que son las que protegen realmente a las personas y al planeta. Que invertir en la guerra no va a solucionar los conflictos violentos, por el contrario, contribuirá a aumentar la violencia y generar un enorme sufrimiento humano.

En un mundo ya de por sí profundamente militarizado, la guerra en Ucrania está acelerando aún más la militarización. Numerosos países han anunciado el incremento de su gasto militar para modernizar sus ejércitos y armamentos, así como para adquirir nuevos sistemas de violencia. Este impulso se argumenta como garantía para la seguridad de los Estados, imponiendo una idea de seguridad sustentada sobre las armas, una dimensión militar de la seguridad y el militarismo como forma de pensamiento. Y marginando, así, a la construcción de la paz como garantía y condición para la seguridad de las personas que viven en esos Estados.

Ana Vilellas (AV): Destacaría diversos aspectos. La invasión de Rusia -potencia militar y nuclear- contra una población soberana y un territorio con infraestructura nuclear como Ucrania, pone de manifiesto un desprecio por la vida y por el derecho internacional así como una lógica imperialista sumamente preocupantes. Los actos constitutivos de crímenes de guerra y crímenes de humanidad de Rusia hablan por sí mismos.

En el contexto global marcado por el incremento de tensiones geoestratégicas, rearme y *securitización*, emergencia climática, desigualdades socioeconómicas, y marcado también por el mayor cuestionamiento del derecho internacional y de las instituciones multilaterales, resulta inquietante que se pueda incrementar el recurso a la violencia armada, y que el nexos militarismo-patriarcado continúe tan arraigado, alimentando esta violencia y multiplicándola. Otro elemento preocupante en trasfondos geopolíticos es el riesgo de amplificación del conflicto militar.

En otro plano, es frustrante cómo en esta y otras crisis se ha despreciado la prevención; y cómo la OTAN y EEUU incumpliendo compromisos de construcción de una arquitectura de seguridad compartida con Rusia tras el fin de la Guerra Fría, han contribuido en estas décadas al deterioro del contexto de relaciones en el continente. No sabemos qué habría sucedido de haberse explorado o apuntalado más otros caminos (no ampliación de la OTAN, diálogo trilateral entre la UE-Rusia-Ucrania al inicio del Maidán, acuerdo del 21 de febrero de 2014, acuerdos de Minsk, más apoyo a las iniciativas locales de paz, etc.), pero la infravaloración de la prevención en esta y otras crisis es grave, porque las opciones después se reducen.

En otro orden de cosas, preocupa el alcance de los impactos de la invasión y de las consecuencias de parte de las sanciones en la población mundial, agravando desigualdades en el contexto del capitalismo global, al tiempo que las sanciones son una vía de presión no militar. Por otra parte, para frenar la devastación son necesarias negociaciones, pero estas pueden acabar siendo acomodaciones de intereses estratégicos contruidos en base a conceptos de seguridad estatal impuestos por sus élites y acordados en mesas excluyentes y asimétricas, como vemos con Rusia. Por ello, antes, durante y después de las guerras necesitamos apoyar lógicas de construcción de paz inclusivas y con justicia social y justicia transicional.

También toca poner el foco en cómo en el *shock* de esta invasión se imponen falsos consensos, como el rearme, o se redirigen transformaciones impostergables en clave de justicia ecosocial hacia otras direcciones.

Carmen Magallón (CM): Me preocupa el deterioro de los movimientos de respuesta. La invasión de Ucrania por parte de las tropas rusas sometidas a los planes de Putin, aunque diferente, se asemeja a la Guerra Fría en los años ochenta del siglo pasado: dos bloques, amenaza nuclear, tensión político-económica... La diferencia es que ahora no vemos un movimiento pacifista organizado, creativo y potente, similar al que se levantó en territorio europeo en aquellos años.

La reacción ante la guerra está conduciendo a un rearme de los países europeos con un aumento del gasto armamentístico descomunal. La transferencia de armas a Ucrania está sirviendo para justificar y embellecer tanto la producción y modernización de las armas como el aumento presupuestario dedicado a ellas. Ya no se controla ni el lenguaje y se dice que no solo se envían armas defensivas sino ofensivas. El control no hace falta porque la población está abducida por el ensalzamiento de un patriotismo de corte belicista y todo se justifica frente a un hecho condenable pero que hubiera podido ser abordado de otro modo. La producción y el comercio de armas, es decir, el negocio de las armas y quienes invierten en él son los grandes beneficiarios.

En la reacción de la población ucraniana se han reproducido los estereotipos de género. Asumiendo el papel de cuidadoras de niños, niñas y ancianos, las mujeres han salido del país en mayor proporción. No las critico, más bien al contrario: dejar el campo de batalla me parece sensato y civilizado, y ojalá los hombres lo hubieran hecho también, seguramente muchos hubieran optado por desertar y salir del país, pero no les han dejado. Tampoco se nos han mostrado del mismo modo a las mujeres que se han quedado a defender sus casas y el país ni a los hombres que, como han podido, han huido de la lucha. La desertión sigue siendo tabú.

Tica Font (TF): Me aflige observar la rapidez con que se conduce y manipula a la población a través de los medios de comunicación. Para la población rusa no hay guerra. Putin ha prohibido utilizar las palabras "guerra, invasión y destrucción", el bando ruso maximiza sus resultados y minimiza las bajas o errores. Putin muestra imágenes limpias de la guerra, solo se ven soldados en formación, tanques, no muestra ataques, no muestra destrucción en edificios, hospitales o escuelas, no muestra heridos o muertos, no muestra población angustiada. Putin muestra mapas de adelanto militar, muestra sus logros. Ucrania hace lo mismo, pero al revés: muestra destrucción, ataques a infraestructuras que dañan la vida, muestra la desesperación de las personas, muestra las largas colas de refugiados, muestra los heridos, los muertos, los daños en las casas; muestra su resistencia al ejército ruso.

Nosotros vemos el sufrimiento de la gente, empatizamos con ellos y dejamos que las emociones guíen nuestras decisiones. Cuando las emociones pesan más que la razón apoyamos todo lo que los gobiernos propongan, sea involucrarse en la guerra, vender armas o incrementar el presupuesto de defensa. Estos días vemos a mucha población con reacciones primarias pidiendo que entremos en guerra, como si la guerra fuera una película. También vemos población que criminaliza a cualquier persona por el hecho de ser rusa. Es bueno recordar que las guerras las hacen los gobernantes, no los países ni la gente.

Como pacifista resulta duro comprobar que unos días de crónicas televisivas anulan los principios o valores tan importantes como defender la vida humana por encima de todo y hacen aflorar emociones primarias que piden guerra.

En términos geopolíticos hay que situar la guerra en el contexto de construcción de una nueva era, estamos construyendo un nuevo orden mundial multipolar, en el que todavía no están establecidos quienes figuraran como potencia ni se han establecido los canales o arquitectura institucional de diálogo entre potencias.

Por otra parte, estamos asistiendo a lo que puede ser un cambio de hegemonía mundial, hasta ahora Estados Unidos era la potencia hegemónica mundial, en términos económicos, tecnológicos y militar, esta posición la disputa China, que ya casi pasara a ser la primera potencia económica y va a la zaga en ser potencia tecnológica y militar. A lo largo de la historia vemos que los cambios hegemónicos se han llevado a cabo mediante guerras ¿Pasará lo mismo? ¿Nos estamos preparando para una gran confrontación? ¿O podremos aceptar compartir las hegemonías sin matarnos o sin imposiciones a través de la fuerza?

SFH: ¿Qué percepciones crees que se van fraguando entre la ciudadanía? ¿Qué traducción política podría tener esta reacción ciudadana que se alimenta de incertidumbre, preocupación, indignación y empatía ante la tragedia que se vive en Ucrania? ¿Quién puede terminar canalizando este desconcierto e indignación?

AB: En un contexto de guerra, como la de Ucrania, o cualquier otra, la narrativa predominante suele ser la de la propaganda de los actores o países enfrentados. Se produce, además, una “guerra” de la narrativa, el discurso es diferente dependiendo del actor del que provenga, ya que la victoria también será imponer el propio relato sobre la guerra.

En el caso concreto de la guerra en Ucrania, el discurso de Putin está dirigido, sobre todo, hacia el interior del país, con el objetivo de justificar la invasión, y está calando poco fuera de Rusia. Por el contrario, el discurso de Zelenski está teniendo un fuerte impacto tanto dentro como fuera de Ucrania. Dentro ha generado unión del pueblo y el apoyo a las acciones del Gobierno. Fuera está generando una fuerte empatía y

solidaridad con el pueblo ucraniano y, también, con las acciones del Gobierno de Zelenski.

Estas narrativas, así como las que se están generando a través de los medios de comunicación, las redes sociales... están contribuyendo, por un lado, a la espectacularización y normalización de la guerra lo que conlleva al apoyo al militarismo, al envío de armas a Ucrania, etc. Por otro lado, están alimentando la incertidumbre e inseguridad sobre lo que puede o no ocurrir, o de la duda sobre el grado de conocimiento de lo que está ocurriendo, contribuyendo a la construcción de un imaginario colectivo de impotencia y miedo.

Aunque el miedo ha estado presente en la sociedad en todas las épocas, porque es inherente a la vulnerabilidad radical de los seres humanos, el miedo actual surge, además, por nuevos motivos: la crisis provocada por la pandemia de la COVID-19, los conflictos violentos, las consecuencias del cambio climático, la guerra en Ucrania... Para muchas personas el mundo de hoy es un lugar inseguro, plagado de amenazas y violencias que socavan las perspectivas de paz, la estabilidad, los derechos fundamentales y el desarrollo sostenible. Estas situaciones provocan hartazgo, desilusión, desafección a las instituciones a todos los niveles, incertidumbre personal y malestar colectivo.

En este contexto los movimientos políticos y sociales ultraderechistas, supremacistas y totalitarios encuentran su caldo de cultivo, tendiendo a confundir el discurso y la información con la propaganda, las noticias falsas y la desinformación alimentando la polarización de las sociedades y el miedo. Y son estos movimientos los que pueden terminar canalizando este miedo e indignación.

AV: La invasión y guerra en Ucrania ha generado preocupación en la población, tanto entre quienes se consideran más informados como entre quienes afirman tener menos información sobre la situación. Según el barómetro del CIS de marzo, un 86,4% de la población del Estado español estaba bastante o muy preocupada por la invasión de Rusia. Una amplia mayoría consideraba que la invasión tendrá bastantes o muchas consecuencias en la situación económica de la población del estado español, en el precio de los carburantes y en el precio y suministro de productos agrícolas. Según el barómetro, había amplio apoyo al envío de ayuda humanitaria, a la acogida de población refugiada de Ucrania, a la presión internacional para la retirada de tropas, a la imposición de sanciones económicas y —con apoyo amplio aunque algo menor— al suministro de material militar en forma de armamento o munición para la defensa. En conjunto, por tanto, afectación, conciencia de las cadenas de impactos económicos interrelacionados y apoyo a la acción (a diferentes tipos de acción).

La traducción política y la canalización de la preocupación puede ser diversa. Aquí el campo de la sociología (del cambio social, del trabajo, de la juventud, urbana, rural, política...), la comunicación, la economía y tantos otros nos pueden dar claves.

Necesitamos diálogos interdisciplinarios y participativos, tanto para ahondar en la prevención de la violencia armada, como para internacional y localmente construir respuestas con justicia social. No sé si la incertidumbre y la preocupación se traducirán en cierta alineación entre población y acción de gobierno en el marco de la aparente mayor unidad de los gobiernos europeos y de parches que mitigan muy parcialmente la desigualdad; o si se traducirán en más desafección y más desconfianza que puedan ser instrumentalizadas por fuerzas populistas y reaccionarias en ausencia de mayores políticas redistributivas y en un contexto de asimetría de poderes; u otros escenarios. Resultan imprescindibles alianzas y políticas que pongan en el centro las necesidades materiales de la población (seguridad alimentaria y energética, acceso a la vivienda, condiciones laborales, regularización administración, cuidados...), la gestión pública de los bienes de primera necesidad, la coherencia de políticas (incluyendo en acción exterior) y pactos amplios para transiciones (energética, transporte, agroecológica, entre otras) con justicia social.

CM: Hay cierta melancolía e impotencia frente a lo que nos acontece como ciudadanía y como humanidad. Primero un virus que desbarató parte de nuestras vidas y nos mostró una vulnerabilidad que gran parte de la población no tenía asumida: creíamos que la tecnociencia y el capital nos protegían de estos embates. Vemos que no.

En cuanto a la corriente inmensa de solidaridad hacia los refugiados, es encomiable, sí, pero levanta otros interrogantes: ¿por qué no sucede lo mismo ante otras guerras y otros refugiados, sea Siria, Yemen, Palestina? ¿Es efecto de los medios o de un racismo que reconoce al 'igual de aspecto' mientras desconoce a los diferentes, sobre todo si son pobres?

Pienso que la asunción acrítica del heroísmo bélico por parte de la población, tal vez está mostrando el vacío de valores de una sociedad de mercado centrada más en tener que en ser (glosando a Erich Fromm). La ciudadanía se repliega en los ahora llamados espacios de confort: la familia, el pueblo unido al campo si es posible, la identidad -sea esta lo que sea-, el individualismo.

No se han dado las suficientes y documentadas explicaciones de la genealogía de una invasión-guerra que venía anticipada por señales e incumplimientos por parte de Occidente de los acuerdos que se establecieron con Rusia tras la disolución de la Unión Soviética, acuerdos que tendrían que ponerse de nuevo sobre la mesa, si realmente se quiere una solución diplomática. Las negociaciones para conseguir la paz exigen reconocimiento, coherencia autocrítica y voluntad. Como falta pedagogía y formación política, serán los partidos xenófobos y ultras, los que enfatizan la seguridad armada y el miedo al otro, que son los mismos que hacen un canto al patriotismo belicista, los que se beneficiarán de esta guerra.

TF: Hay una buena parte de la población española que lentamente, crisis tras crisis, va perdiendo salario, la brecha salarial aumenta y el nivel de pobreza aumenta. Esta

lenta pérdida de derechos laborales y salarios va generando frustración y desafección política. La guerra de Ucrania provoca reacciones de pedir mano dura en nuestros gobiernos de la UE hacia el “malo” y mano dura aplicando sanciones.

La globalización ha supuesto la interrelación de las economías y querer aplicar sanciones como si fuéramos países que viven aislados tiene sus consecuencias. Estos días muchas personas pedían cerrar el grifo de petróleo con Rusia, se decía y con razón que, si Rusia exporta gas y petróleo, le estamos financiando la guerra; pero si cerramos la compra, hay que pensar que mucha industria cerrará, la producción de energía eléctrica disminuirá, eso conlleva pérdida de muchos puestos de trabajo y de salarios. Otros decían que pasáramos a comprar el gas a Argelia, la infraestructura no está preparada, pero este gas está en un país bajo régimen poco democrático, gas situado en la zona del Sahara, donde se encuentran diversas fracciones del Daesh. Como hemos visto estos días el gaseoducto que pasa por Marruecos hacia España ha sido cortado. Otro punto débil.

Sabemos que tenemos que disminuir el consumo de combustibles fósiles, que lentamente se irán acabando las reservas. Descarbonizar la economía y llevar cabo una transición económica verde, comportará depender de ciertos minerales para fabricar turbinas eólicas, paneles solares o baterías para coches, habrá que asegurarse el acceso a los mismos, diversificar las fuentes de abastecimiento y asegurar la cadena de suministro. En definitiva, estamos cambiando la dependencia de combustibles fósiles por una dependencia de materias primas críticas.

Con todo ello quiero decir que el mundo no podemos mirarlo en términos de “bueno-malo”, “blanco o negro”, el mundo es complejo y decidir o tomar decisiones también lo es, no hay decisiones o políticas buenas o malas. Hay que decidir entre lo menos malo. Y sea lo que sea que se decida se tardan años en implantar y en observar resultados.

Pero las reacciones viscerales ante el conflicto o las reacciones ante a subida de precios de combustibles y otras materias primas, piden reacciones rápidas, piden urgencia en replantear modelos para la agricultura o los precios de insumos agrícolas. En estos contextos cuando los partidos políticos no representan modelos de futuro sino simples peleas electorales muchos toman opción por los partidos populistas y de extrema derecha. Los grupos de extrema derecha presentan propuestas disruptivas, como salirse de la UE, representan nacionalismos excluyentes, proponen que la mujer vuelva a ocuparse de la casa y los cuidados o que no se permita la entrada de inmigrantes. Proponen que cualquier tiempo pasado fue mejor. Ello está provocando una lucha electoral entre la derecha y la extrema derecha por la hegemonía política.

SFH: Occidente contempla la seguridad internacional como una forma de garantizar un modo de vida que nos ha conducido a una grave crisis ecosocial ¿Qué desafíos

tiene ante sí el movimiento pacifista en este contexto, en el que también tendríamos que computar, además del drama del conflicto violento y la urgencia de pararlo, otras cuestiones como la crisis ecológica y social en la que se encuentra sumida nuestra sociedad?

AB: El contexto actual de grave crisis ecosocial que estamos viviendo a nivel global supone un importante desafío para nuestras sociedades, que nos interpela a las personas y organizaciones que trabajamos por la paz a actuar. Ya que tenemos la responsabilidad de preocuparnos y ocuparnos para tratar prevenir, reducir y erradicar cualquier tipo de violencia, se manifieste en la forma en la que se manifieste y en el lugar en que se manifieste.

En este sentido, el movimiento pacifista tiene actualmente numerosos y urgentes desafíos, entre ellos, contribuir a redefinir el concepto de seguridad en términos humanitarios y ecológicos. Una seguridad vinculada al bienestar de las personas y a la capacidad para satisfacer sus necesidades básicas en un entorno medioambiental seguro. Una seguridad que consiga eliminar, o reducir, el sufrimiento humano y de la naturaleza; aumentar la presión sobre los gobiernos para reducir los presupuestos militares y redirigir estos fondos a las cuestiones esenciales para el cuidado de la vida y del planeta; incidir en los gobiernos para que firmen y ratifiquen el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares, con el fin de dismantelar el sistema de violencia nuclear que supone una amenaza extrema para las personas y el planeta; poner esfuerzos para fortalecer la convivencia y la paz frente al miedo y la desconfianza; promover, a nivel local y global, los valores democráticos de justicia, solidaridad, igualdad y cooperación, para lograr una sociedad global más justa, equitativa, inclusiva, sostenible y pacífica; y continuar impulsando la construcción de la paz, la diplomacia, el diálogo, la solidaridad, el desarme, los cuidados y la adopción de medidas urgentes para abordar el cambio climático como imperativo para la supervivencia humana.

“Posiblemente el mayor enemigo de la paz en el mundo sea la extendida creencia de que la paz es imposible” Fredrik S. Heffermehl

AV: Son muchos los desafíos. ¿Cómo abordar los diversos sistemas y fuentes interrelacionados de violencia directa, estructural y simbólica, y hacerlo de forma *situada* (con conciencia del lugar y posiciones desde las que habitamos y enunciamos) y transformadora? Parte del desafío y la oportunidad pasa por comprender la interrelación de las violencias y sus engranajes, desnaturalizarlas y construir y proponer desde lugares de mayor interrelación y de sujetos más amplios, tanto en el entorno inmediato como en el plano internacional. Sin reinventar la rueda, persistiendo en los fundamentos y caminos de quienes nos precedieron (desarme, desnuclearización, prevención de conflictos, acción noviolenta...) incluyendo desde los márgenes (feminismo pacifista, que pone la vida en el centro) y, a la vez, ensanchando el campo de visión, los diálogos y los sujetos.

Desde lo cotidiano y la vida de todas. Como movimiento pacifista tenemos el reto de visibilizar y desgranar las violencias que convierten a las personas y los territorios —países frontera entre bloques, territorios con recursos naturales, barrios urbanos...— en campo de batalla, y prevenirlas y confrontarlas. Los muchos retos incluyen fortalecer la interrelación del movimiento pacifista con otros movimientos y luchas emancipatorias en barrios y en el escenario global; hacer relevantes en los debates públicos y políticos los planteamientos y propuestas de la cultura de paz —muy especialmente de la prevención de la violencia armada— y hacerlo sin superioridad moral, con conciencia del lugar de enunciación y de la dificultad de los dilemas y conscientes del momento social; fortalecer las capacidades para el pensamiento crítico y la educación para la paz; contribuir a construir poder popular poniendo en centro la interdependencia y la no violencia, al mismo tiempo que seguir incidiendo en las políticas y espacios de poder político y económico... Hay desafíos específicos del movimiento pacifista y otros muchos son comunes a otros movimientos. En ello estamos.

CM: El movimiento pacifista tiene ante sí el reto de organizarse combinando la virtualidad de las relaciones con la presencialidad que exige la posibilidad de realizar incidencia visible y con potencial de extenderse y ocupar un espacio. Hemos de dejar de escondernos tras las pantallas, hacernos presentes. El cuerpo siempre ha sido clave en las protestas imbuidas de la filosofía y las acciones no violentas. Hemos de recuperar los cuerpos para la política.

La paz va más allá de la seguridad, pero necesita seguridad. Hemos de recuperar la idea de que mi seguridad depende de la tuya, y viceversa: la seguridad compartida. Una noción que no casa con las armas, sino con el fomento de la confianza. Lo hemos escrito: las armas no nos salvarán.

Necesitamos más pedagogía sobre el mundo global, en el terreno de la política, de los impactos ecosociales y la interdependencia. En nuestro país, es patente la falta de formación y desconocimiento de estos asuntos; los partidos los relegan en sus programas y debates públicos y apenas tienen espacio en los medios. Lo que conduce a una ignorancia de la población al respecto de acontecimientos que nos afectan en lo cotidiano —y ahora, con el impacto de la guerra en nuestra economía, lo estamos viendo.

En el plano de la gobernanza global, hacen falta líderes, hombres o mujeres, capaces de revertir este deterioro, sin miedo a apelar a ideales a compartir como humanidad. Si los partidos democráticos y sus líderes siguen aferrados a la contabilidad estrecha y las miserias humanas, y no promueven visiones ligadas a proyectos ilusionantes encaminados a animar a la ciudadanía a vivir de otro modo, a disfrutar de una vida menos consumidora de energía y materiales escasos, más ligada a los cuidados, los afectos y el disfrute del tiempo, más cuidadosa con la Naturaleza y los demás; si nos quedamos en los cálculos y la exaltación de lo negativo, sin un relato ilusionante de futuro, quienes se beneficiarán serán los fabricantes de armas y los partidos xenófobos.

TF: En el imaginario europeo todavía queda el rechazo al horror de la guerra. El movimiento pacifista se hace eco de ello, la población todavía puede aceptar que preservar la vida es más importante que cualquier otro valor abstracto como el país. Pero no hemos logrado cambiar las premisas de pensamiento en los espacios de toma de decisiones donde los intereses económicos siempre están por encima de mantener la vida.

Todos sabemos que utilizando las premisas de la física newtoniana nunca se hubiera desarrollado la teoría de la relatividad, fue necesario cambiar de premisas para obtener una respuesta diferente. Ese sigue siendo nuestro reto, si no hay cambio de premisas siempre llegamos al mismo resultado, dirimir los conflictos de intereses mediante la guerra. ¿Cuándo cambiaremos las premisas? ¿Quién no tiene interés en que cambien las premisas?

Conflicto Rusia-Ucrania

La mentira como arma, la verdad como víctima

Por Karen Marón*

La guerra no se cubre desde los hoteles. Cuando llega ese momento es tiempo de replantearse el sentido del porqué estar. Eso nos convertiría en turistas bélicos, mercenarios, farsantes o hipócritas, de los que lamentablemente pululan en gran cantidad, aunque fácilmente detectables.

Así comenzaba un artículo que escribí hace 18 años desde Bagdad, cubriendo la invasión y posterior ocupación a Irak, inspirada en la idea —vertida por el legendario corresponsal británico Robert Fisk en su magnífica crítica al desempeño de los corresponsales en el terreno— denominada “Periodismo de Hotel”. Casi dos décadas más tarde, estos vicios se han profundizado y nuevas metodologías aberrantes y lejanas a la ética del *mejor oficio del mundo* —como lo denominó el Maestro Gabriel García Márquez— se manifiestan en plenitud en el conflicto entre Rusia y Ucrania.

El desempeño carente de ética y falta de verdad, teatralizado, banalizado, frivolidado e improvisado se normaliza en algunos periodistas y medios en la etapa más severa —hasta el momento— de la era de la desinformación y la posverdad.

Llevo como corresponsal 20 años y me enfrente ahora, como nunca antes lo hice, a una situación perversa de información y desinformación, propaganda y contra propaganda sustentada en el accionar de periodistas y medios que responden a intereses económicos, políticos, narcisistas o de ambición extrema y frustraciones insanas que contribuyen a la confusión y a la desinformación.

Este conflicto —que me ha traído a regiones desconocidas físicamente por mí, pero muy estudiadas— me ha regalado la oportunidad de visitar el país de mi maestro, el

corresponsal polaco Ryszard Kapuściński, nacido 1932 en Pinsk, actualmente Bielorrusia. Precisamente en este contexto soy testigo de cómo todos sus preceptos éticos son vulnerados por esta inmensa cantidad de periodistas en el terreno que ignoran cómo se deben realizar estas coberturas.

El absoluto desconocimiento de cómo se debe realizar una labor tan sensible por parte de estas personas que se autodenominan “comunicadores” termina por afectar directamente a la calidad y veracidad de la noticia que llega a los lectores, televidentes u oyentes, vulnerando directamente nuestro derecho a la información. Si la historia en su primera versión es contada por este tipo de “periodistas”, el legado estará plagado de imprecisiones fundadas en la propaganda y el egocentrismo que crearán una gran confusión.

Mientras asistimos a este conflicto que está provocando un movimiento sísmico en las relaciones internacionales y nos introduce en un nuevo orden mundial multipolar conformado por un nuevo eje euroasiático, medios, periodistas y expertos desinforman sin prejuicios. Las caducas teorías que esgrimen, el desconocimiento de las estrategias militares o a los personajes que entrevistan, sumergen aún más en la guerra de información parte de las denominadas guerras híbridas. La gravedad de esta intencionada desinformación —siempre focalizada sobre las personas— es la proyección de escenarios erróneos y confusiones que atemorizan a las personas al presentarles un contexto distorsionado por la ignorancia y la falta de preparación profesional.

La verdad como víctima

Podemos identificar fácilmente el viejo axioma del dramaturgo de la antigua Grecia Esquilo —«La primera víctima de una guerra es la verdad»— en la actual manipulación de la información, ya sea a través de la lisa y llana mentira o de la sutil desinformación. Si en el año 2005 Fisk escribió “Periodismo de hotel” al observar el accionar de los reporteros en Bagdad, en la actualidad somos testigos de la cobertura en la ciudad ucraniana de Lviv o Leópolis, ubicada a 70 kilómetros de la frontera con Polonia. Aquí no ha habido, ni hay ahora, frentes de batalla, y son muchos los kilómetros de distancia que la separan de las zonas donde se están produciendo los ataques rusos.

Centenares de periodistas —muchos de ellos especializados en espectáculos, deportes, análisis político, análisis económico, etc., repentinamente devenidos en corresponsales de guerra— se agolpan en esta ciudad manifestando a viva voz que están cubriendo el conflicto armado.

Algunos de estos periodistas piensan que desde la limitada vivencia circunscrita al pequeño escenario que representa esta ciudad pueden ya atribuirse la potestad de comprender esta guerra y reflejar toda su complejidad. Por supuesto que desde esa

urbe es posible cubrir la crisis humanitaria y muchos otros temas complejos, pero nunca, jamás, se podrá afirmar que se ha cubierto una guerra que es parte de un gran escenario que conforma a todo el país con regiones bien delimitadas donde se llevan a cabo las operaciones militares.

Sin embargo, periodistas y productores desfilan por las calles —entre una población civil sin protección alguna y sumamente serena— con sus cascos y chalecos antibalas, embelesados en su actuación, saliendo al aire o tomándose fotos y mostrándose en un ambiente que desde kilómetros de distancia no se puede corroborar. Es la mentira y la infamia de una fantasía peligrosa, porque afecta derechos fundamentales de los seres humanos. Son estos personajes irresponsables, sin conocimiento de la región ni formación específica y que se toman una semana como “turistas bélicos, quienes están teatralizando hoy situaciones de peligro en un terreno ajeno a esos peligros.

Precisamente porque conozco en qué consiste el *role playing* (o juego de roles) en una simulación de escenarios bélicos al haber sido directora de una Maestría de Cobertura en Zonas Hostiles y de cursos para formar corresponsales, que me resulta sencillo dilucidar que algunos de esos improvisados periodistas “revolcados en el piso” y ubicados en entornos alejados de los frentes lo que están realizando son actuaciones muy bien aprendidas. Una actuación que se beneficia de una estancia bien financiada por medios que responden directamente a intereses que apoyan a una de las partes en conflicto, y que muestran una vez más que una de las características de las guerras híbridas de nuestros días es la participación de drones e inteligencia artificial conviviendo con la gestión de la desinformación a través de todos los canales formales (medios) e informales (redes sociales). Contar historias inverosímiles con rasgos sesgados que responden a objetivos específicos, mientras se simula que se está siendo “bombardeado”, resulta un buen recurso para alargar la aventura.

Robert Fisk también señaló que «el no poder acceder a la guerra produce dos tipos de periodistas: los que dicen “naderías”, que se han convencido de la justicia de la guerra y la maldad del otro bando, y las “ovejas”, que siguen a ciegas los dictados de los militares», dictados a los que yo agrego también los de los políticos, las transnacionales, las modas o los egos. Con todo eso es muy difícil saber lo que está ocurriendo cabalmente, porque se es víctima de la desinformación, las amenazas y la falta de visión global.

Y si en Medio Oriente o África —donde aún no se ha hecho presente ninguno de estos improvisados corresponsales que hemos visto que se lucran con la sangre de los inocentes— la clave es adaptarse, tolerar aun cuando carcoma el dolor, porque «en nuestro oficio hay algunos elementos específicos» que hay que observar, aquí la solución es ser testigo de la degradación anunciada de la profesión y buscar mecanismos para contrarrestarla.

La frivolidad de la guerra

«Los cínicos nos sirven para este oficio», plasmó en su libro Kapuściński, refiriéndose a la labor de los periodistas. Pero esta labor —como tantas otras— está plagada de estas personas que distorsionan, manipulan y degradan derechos fundamentales como la libertad de expresión y el derecho a la información.

De todos los medios que analizó, Kapuściński fue especialmente crítico con la televisión, por considerar que a través de la pantalla se difundían versiones erróneas sin contraste alguno de fuentes informativas. En este conflicto, yo estoy siendo testigo de este proceder, en dimensiones desconocidas para mí, que está siendo legitimado por los medios, productores y periodistas desde la más absoluta irresponsabilidad social y falta de ética.

En su artículo «Cuando el periodista de guerra se convierte en personaje de novela»¹, el periodista Borja Terán —docente del Máster en Programas de Televisión de Entretenimiento— expone el caso de una novata comunicadora argentina afincada en España, Sol Malacuso, cuya experiencia previa a este conflicto era ser maquilladora. De pronto, se convirtió calculadamente en protagonista de una historia muy dudosa, según relató en vivo para uno de los programas de Mediaset. Terán señala que la televisión que vive atrapada en el *reality show* se ha acostumbrado a buscar personajes que producen un sentimiento de identificación en el público, también en lo que respecta a la información más seria, y más trágica. Se ve estos días con el tratamiento que Telecinco está dando del ataque de Rusia a Ucrania cuando pone el foco en “el amuleto que mantiene a Sol Malacuso con esperanzas”. ¿En serio? No es el tono, no es el momento. Ridículo e imprudente. Síntoma de un tiempo en el que creemos que todo puede ser tratado como un emotivo culebrón que “te va a sorprender”. Irresponsable, pues frivolidades como esta del amuleto nos atolondran e impiden ver lo que nos estamos jugando todos como sociedad.

Una fama lograda muy lejos del prestigio, del esfuerzo o del conocimiento, y forjada a partir de un relato endeble sobre la adopción de una niña que nunca fue adoptada, de una niña que no es una niña y que es una adolescente de 17 años, y de un traductor ucraniano que debía partir al frente a luchar, pero que no solo nunca fue al frente a luchar, sino que pasaba largas horas en un hotel en Lviv. Actualmente está en Kiev trabajando con la empresa de televisión de la que dependía Malacuso y que vende las salidas al aire de los periodistas a diversos canales. Esa misma empresa que avaló la historia, siendo parte de la creación del personaje que fue explotado adecuadamente y con el aval de la protagonista que

¹ <https://www.20minutos.es/opinion/cuando-el-periodista-de-guerra-se-convierte-en-personaje-de-novela-20220303-4964556/>

hizo su triunfal “raid televisivo” en Madrid solicitando trabajo públicamente, muy lejos de cualquier zona de conflicto.

Las fallas de la formación específica como herramienta fundamental

«Tenemos que prepararnos para la invasión a Irak», me decía un colega allá por septiembre del año 2002 cuando los portaaviones estadounidenses que navegaban en el mar Mediterráneo entrenaban a corresponsales para prepararlos para una posible guerra QBNR (química, bacteriológica, nuclear o radioactiva).

Así nos preparamos los profesionales durante años, y lo seguimos haciendo actualmente, según el escenario que se presente. Sin embargo, en la actualidad decenas de improvisados comunicadores decidieron que era una buena oportunidad incursionar en la “carrería” de un conflicto cercano y económico. Sin preparación intelectual y formación específica, sin rastros de ética y responsabilidad social y con la más absoluta impunidad.

Es necesario hacer comprender a quien decida encarar este camino que la formación de un periodista que cubrirá un conflicto armado requiere de una especificidad superlativa para poder afrontar con éxito su tarea, para lo cual precisa saber geografía, historia, cultura, religión, política, geopolítica, economía de los recursos, conocimiento de idiomas, de Derecho Internacional de los Conflictos Armados, de las Convenciones Internacionales —de Ginebra, de Control de Armamentos, de No Proliferación de Armas de Destrucción Masiva—, de Desminado Humanitario y de Derecho de la Guerra en general. A su vez, esta formación debe ser completada con conocimientos básicos de tácticas y estrategias, terrorismo y contraterrorismo, Inteligencia y Contrainteligencia, por no mencionar un acabado manejo de las tecnologías relacionadas con la información y las comunicaciones.

Si a lo mencionado le agrego conceptos de supervivencia básica (primeros auxilios, negociación, saber proceder en caso de ser detenido, ser capaz de elaborar planes de contingencia en caso de emergencia o identificar rutas de salida, entre otros aspectos), podemos imaginar la formación de un periodista en zonas de conflicto como un proceso largo, continuo, dinámico y apasionante, algo que se encuentra en las antípodas de lo sucedido en este conflicto. Además, hay que adquirir conocimientos sobre el manejo del estrés que es algo fundamental en situaciones hostiles, porque estamos expuestos a situaciones que nos pueden generar graves traumas psicológicos además de físicos.

El conocimiento necesario de un periodista en zona de conflicto se divide entre cuestiones prácticas para hacer bien el trabajo sobre el terreno y una formación académica seria que impactará en la calidad de su trabajo. Quienes nos dedicamos a esto tenemos que hacer una inmersión en una cultura totalmente diferente y convertirnos

de alguna manera en etnógrafos, antropólogos e investigadores capaces de adecuarnos a esas situaciones. Ello implica que tengamos que hacer gala de una gran flexibilidad, una gran plasticidad, en relación con otras culturas y otros pensamientos. Por eso Kapuściński resaltaba también que «para ser periodista hace falta una base cultural importante, mucha práctica y también mucha ética». Hay muchas personas que se dicen periodistas, pero claramente no lo son sin estas y otras virtudes.

Por otro lado, esto evidencia otra cuestión importante, a saber: que los esfuerzos realizados por las asociaciones de prensa durante la última década para capacitar y recopilar la información que oriente a los periodistas en su labor en zonas peligrosas deberían estar sujetos a una constante revisión y actualización.

O los manuales han quedado vetustos o las recomendaciones básicas de utilización de casco o chaleco antibalas, identificación de prensa o mecanismos de negociación se convirtieron en un accesorio para nada imprescindible. Cuestión para revisar muy seriamente por Reporteros sin Fronteras de España, que ha dejado a decenas de periodistas profesionales sin esta protección fundamental del casco y chaleco. Los que deberían dar ejemplo también pecan por no cuidarnos y no buscar soluciones urgentes para comprar nuevos equipos de seguridad. Esta institución también ha sido responsable que muchos periodistas hayan viajado a este conflicto sin su equipo esencial.

¿Quién responde ante el fallecimiento de un periodista en la línea del frente si en un curso se imparte formación a los alumnos utilizando en los ejercicios cascos y chalecos antibalas camuflados, cuando una de las premisas fundamentales es que sean de color oscuro, perfectamente identificados y con la inscripción de la palabra “PRESS”? ¿A quién se le imputa la responsabilidad si el periodista es herido o muerto en una zona de combate cuando se le ha instruido de esta manera? ¿Responderá penal y moralmente el director del centro que imparte el curso para periodistas en zonas hostiles o el Ministerio de Defensa? Tiene que haber algún responsable desde el punto de vista ético y penal ante un suceso trágico donde el imperativo es instruir para la seguridad. Nos encontramos ante otro escenario de irresponsabilidad que atañe esta vez a las direcciones de los centros de entrenamiento sumergidos en la ignorancia y en la frivolidad citada. No es inusual que permitan dictar clases a inexpertos y a supuestos periodistas que no pueden acreditar haber estado en zonas de conflicto.

Obnubilados también por la banalización, excluyen a corresponsales reconocidos y multipremiados y los reemplazan por periodistas de “televisión” que han estado a lo sumo diez días en Lviv —reitero: muy lejos de una línea de combate— por primera y única vez en su vida profesional. No es ajeno a esta cuestión además el sesgo de género a la hora de elegir entre una “mujer prestigiosa, reconocida internacionalmente y experimentada en el terreno” frente a un “hombre exitoso y visible en los medios”. Sigue primando —además de la trivialización mencionada— un sesgo absolutamente patriarcal y discriminatorio.

Ante este panorama, los periodistas serios que quieran formarse se encontrarán con un curso reconvertido en un show que tendrá una duración de entre tres a cinco días del que saldrán “fascinados” por haber recreado escenas en una zona que requiere una misión de paz, aunque luego tengan un largo camino por delante para adquirir los conocimientos adecuados y ajustados a la realidad. Así las cosas, agradezco que a mis grandes maestros los encontrara, no en un curso, sino en la guerra.

¿La primera guerra mundial híbrida?

Testigos es una buena palabra, pero nos debemos formar para ser testigos.

Todo comenzó con una piedra y una honda; Guerra de Primera Generación; Guerra de Segunda Generación; Guerra de Tercera y Cuarta; Asimétrica y hoy Guerras Híbridas. Sinceramente suena muy atractivo.

La desinformación, como parte integrante de este conflicto híbrido que estamos viendo entre Rusia y Ucrania, tiene un enfoque multiplataforma: declaraciones políticas, medios gubernamentales y opinadores con amplio seguimiento *online* y campañas de viralización en redes sociales.

Esta desinformación se produce por múltiples factores, entre los que figuran tanto la cuestión vinculada con la propia propaganda política desarrollada por cada país, como el enorme seguimiento y cobertura que está teniendo este conflicto en las redes sociales, lo que provoca que se disemine información manipulada y sin contrastar.

Nuevas condiciones en la producción, circulación y consumo de información han hecho de la desinformación una herramienta geoestratégica de primera magnitud que, conectada con las técnicas híbridas, requiere un replanteamiento de la acción de los Estados y de la Unión Europea en un tema que afecta de manera muy importante a la opinión pública. Esta es la primera guerra que se está transmitiendo por unas redes sociales que provocan reacciones y sentimientos rápidos que no se someten a las leyes de la información. A pesar de la infantil manipulación que supone presentar a unos como “buenos” y a otros como “malos”, y de que nunca se detengan en el análisis de las raíces del conflicto ni en el sociograma de los actores involucrados y los valores e intereses en juego, las redes sociales generan la sensación de que la información nos inunda y de que estamos informados.

Ya en 2016 el diccionario de Oxford eligió el término *post-truth* (posverdad) como la palabra del año. Por su parte el diccionario de la Lengua Española incorporó su equivalente en español en la revisión de finales del año 2017: «Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales». En apenas un par de años, los “hechos alternativos”,

la desinformación, las *fake news* y la posverdad se han convertido en el eje de la comunicación. La vieja discusión acerca de la relación entre la realidad y el discurso encuentra en estos momentos nuevos términos y acontecimientos para volver a la discusión pública, especialmente con motivo de este conflicto.

Como manifiesta Pascual Serrano, «el constante discurso de desautorización de la credibilidad de Rusia va acompañado de la imposición de que la versión oficial de Occidente es obligatoriamente veraz, y este puede ser un formato de desinformación». No es nuevo. Hace mucho que sabemos que no hace falta empezar una guerra para que la verdad termine sacrificada. Fui testigo directo en Afganistán cuando se decía buscar a un Ben Laden que se sabía que no estaba en ese país, o en Irak cuando las armas de destrucción masiva que no existían, o al contemplar el proceder de los “luchadores por la libertad” en Siria y Libia que resultaron ser sanguinarios terroristas. Esta niebla informativa —producida por la multiplicidad de factores esgrimidos anteriormente— es creada por los propagandistas de todas partes concernidas para que estemos perdidos y no encontremos la salida.

La propaganda que genera racismo y discriminación

Asistimos a una extrema ideologización y parcialidad en la cobertura informativa de los conflictos y al hecho que las mentiras y la manipulación del imaginario colectivo se vean potenciadas en unas redes sociales que llevan a la hipertrofia de una masa informativa fuera de todo control y verificación.

Así lo interpreta el periodista Aram Aharonian: «los medios de comunicación —incluyendo las redes sociales— actuaron de forma alevosa para generar un conflicto que solo puede beneficiar a los vendedores de armas, las petroleras transnacionales...». En este sentido la cobertura que están haciendo los principales medios de comunicación en Occidente de la guerra en Ucrania está siendo defectuosa, además de claramente racista y llena de prejuicios, repetidores de los mantras rusofóbicos para instrumentalizar la guerra de guerrillas geopolítica e ideológica. Se manifiesta así en este conflicto la llamada guerra cognitiva, un arma de destrucción masiva de quinta generación.

Las guerras de Quinta Generación constituyen una realidad cotidiana en varios países. No son exclusivas de los ejércitos, ni se hacen solamente con armas de fuego. Entidades estatales y no estatales en forma de redes, grupos e individuos dirigen agresiones totalmente nuevas en el mundo de los conflictos. Esta guerra *Black Mirror* se caracteriza principalmente porque redes y tecnología confluyen creando realidades virtuales que en ocasiones pueden llegar a ser más auténticas que la vida real. Constituye un ejemplo claro de cómo la tecnología, a pesar de haber traído numerosos avances y progresos, también alberga su lado oscuro.

En esta guerra, denominada “guerra sin límites”, introducida desde el 2009 como concepto estratégico operacional en las intervenciones de Estados Unidos y la OTAN, interesa demoler la fuerza intelectual del enemigo, obligándolo a buscar un compromiso, valiéndose de cualquier medio, incluso sin el uso de las armas. Se trata de una manipulación directa del ser humano a través de su parte neurológica, y los medios masivos y las redes sociales son parte integral del esquema de esta guerra para generar desestabilización en la población a través de operaciones de carácter psicológico prolongado. Se busca afectar la psiquis colectiva, afectar la racionalidad y la emocionalidad, además de contribuir al desgaste político y a la capacidad de resistencia. Se trata de “hackear” al individuo explotando las vulnerabilidades del cerebro humano para mejorar las técnicas de ingeniería social. El objetivo de la guerra cognitiva es hacer de *cada persona un arma de guerra y del cerebro humano el campo de batalla del siglo XXI*. Con una claridad meridiana, el estudio que introduce estos conceptos, publicado en enero de 2021, sostiene que «el objetivo de la guerra cognitiva es dañar a las sociedades y no solo a los ejércitos».²

Para ello se necesita que las fuerzas militares de los Estados miembros de la OTAN trabajen más estrechamente con las Universidades, para poner a las ciencias sociales y las humanidades al servicio de este objetivo, de modo que se militaricen todos los aspectos de la sociedad y la psicología humanas. De allí que en los portales web de las universidades en España, se destaque con claridad el lema «Universidades españolas con Ucrania». Todo absolutamente claro.

Desde las escuelas primarias y secundarias, los claustros universitarios, las organizaciones estatales y no estatales, la guerra cognitiva convierte a la mente humana en un terreno en disputa. Su objetivo es sembrar disonancia, instigar narrativas enfrentadas, polarizar la opinión y radicalizar a los grupos. Con espanto y asombro, observo que estas operaciones de influencia —que superan al concepto de operaciones psicológicas— están obteniendo resultados positivos según sus objetivos.

Desde el periodismo

En los últimos tiempos se está haciendo un llamado al periodismo de calidad o *slow journalism*. Es un tipo de periodismo alejado de la dinámica que imprimen las redes sociales y la dictadura del clic.

La *agenda setting* de los medios de comunicación dista mucho de lo que en un momento puede albergar el interés general de la realidad social. Sin embargo, quedan periodistas y fotógrafos, o una combinación de ambos, que cumplen con los criterios de rigor, calidad y buen periodismo.

² <https://www.nato.int/docu/review/articles/2021/05/20/counering-cognitive-warfare-awareness-and-resilience/index.html>

El mal periodismo que se practica —y que hemos analizado someramente en este texto— es responsabilidad de todo el mundo, incluido redactores y periodistas que aceptan determinadas formas de trabajar. Resulta inaceptable, aberrante y poco ético dejarse seducir, cual *vedette*, por las luminarias de un teatro de revista y creer —o hacer creer— que un tour de dos semanas en un trágico lugar de moda es periodismo de profundidad.

Como alternativa, se hace necesario más que nunca exponer noticias cómo funciona la desinformación y cómo detectarla. Pero también hay que tomar una posición ética. Debemos conocer a lo que nos estamos enfrentando, tomar decisiones y sacar conclusiones. Por eso más nunca es tiempo de volver a las fuentes con creatividad, actualización, innovación y preparación profesional constante. La guerra no es un desastre natural. Es una obra humana, una constante en la historia de la humanidad que no ocurre porque sí. Se desencadenan por causas políticas y se llevan a cabo por objetivos políticos. Un corresponsal de guerra debe informar de la tragedia de la guerra, pero también tiene que explicar el porqué de la guerra. ¿Cuáles son las raíces del conflicto? ¿Quién la empezó?, ¿Por qué empezó? ¿Cuenta con apoyo popular? ¿Hay bases reales para alcanzar un acuerdo político? ¿Qué pasará el día después de la guerra?, con todas las implicancias que ello acarrea? Todas estas preguntas pueden parecer obvias, pero si un corresponsal de guerra no está preparado a confrontarse con ellas, corre fácilmente el riesgo de informar como si la guerra fuese una explosión irracional de locura. Incluso gente considerada inteligente, con demasiada frecuencia cae en la trampa de ver la guerra como una especie de locura. Un número sorprendente de políticos europeos y estadounidenses parece olvidar que la guerra está unida a la política.

Por eso veo necesario “regresar” a Kapuściński, que vio que ser periodista requería mucho más que un saber, concibiendo a la profesión como vocación laica para un nuevo milenio, casi un sacerdocio, alcanzando el hálito de lo sagrado a criterio del autor. En este sentido se van configurando las primeras aproximaciones teóricas de lo que podríamos denominar humanismo del siglo XXI y que constituiría el gran reto de un buen comunicador: saber pensar y reflexionar en tiempos de crisis, tomando como contexto la inmediatez, la sociedad del espectáculo, los imaginarios sociales del miedo y la autocensura no de terceros, sino de uno mismo, por miedo a elevar criterios propios e independientes.

Los periodistas crean estados de opinión, y, por ende, ideologías; moldean la imagen de una sociedad. De ahí la enorme responsabilidad que descansa sobre ellos, especialmente sobre aquellos profesionales vocacionales que aprecian antes que cualquier otra cosa la verdad y mantienen a raya todo intento de manipulación.

Un llamamiento al humanismo ético para contrarrestar el dominio mental del ser humano.

* Karen Marón, periodista. *Roving correspondent* especializada en conflictos armados y política internacional con coberturas en más de 40 países y 30 premios internacionales. TOP 100 Periodistas más Influyentes del Mundo en la Cobertura de Conflictos Armados (AOAV) con coberturas en Irak, Libia, Irán, Siria, Líbano, Colombia, Afganistán y el conflicto israelí-palestino. Especialista en Derecho Internacional Humanitario. Analista en geopolítica y construcción de Paz por la UCM. Directora de Posgrado Udalba. Dart Center of Columbia University. Instructora en Operaciones de Paz de Naciones Unidas (CAECOPAZ/ UNDEF). Miembro del Comité de Medio Oriente del Centro Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Actualmente se encuentra trabajando en el conflicto Rusia-Ucrania.

La guerra en Ucrania, al igual que la pandemia, está transformando el mundo en el que vivimos. ¿En qué sentido? Aún nadie lo sabe, pero la historia nos enseña que tras una profunda perturbación las sociedades y las relaciones internacionales cambian.

La guerra, el modo de vida imperante y el poder armamentístico y nuclear son elementos imprescindibles que hay que observar con atención si queremos analizar el orden social que emerge de la sucesión de crisis —Gran Recesión, covid-19 y ahora la agresión a Ucrania— que vamos encadenando desde los últimos tres lustros con la crisis ecosocial de fondo.

FUHem

educación+
ecosocial

